

Brigitte

EN ACCION

Lou

Carrigan

El inmortal

Es imposible extractar aquí lo que acontece en esta aventura, una de las más insólitas de la agente Baby. Para empezar, digamos que tiene que matar a alguien que ya está muerto, pero que le envía versos, y que además le ha ofrecido la vida eterna…



Lou Carrigan

El inmortal

Brigitte en acción - 464

ePub r1.2
Titivillus 24.07.2019

Lou Carrigan, 1990
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

En total eran siete hombres.

Siete hombres que podían parecer corrientes para un observador no habituado a tratar con personas especiales. Para un observador con una mínima experiencia aventurera habría sido suficiente un vistazo para catalogar a los siete sujetos. Gente de cuidado.

Gente que lo mismo descuartiza un pollo para la cena que le corta el cuello a un niño para quitarle un caramelo.

Sobre la mesa había un plano de la ciudad de Londres, bien extendido, clavado con chinchetas. La zona central de la ciudad estaba rodeada de un círculo rojo, y dentro de éste se habían hecho algunas señalizaciones también con color rojo, y algunas con color verde. Con un trazo negro punteado se había señalizado una ruta por determinadas calles del centro londinense. Y finalmente, en el cruce de dos de éstas se había trazado una gran X en rojo y verde.

El punto crucial.

—Si no lo hacemos aquí —dijo uno de los sujetos, alto y rubio— ya no podremos hacerlo jamás. Y cuando digo jamás me refiero a que no sólo no habrá otra oportunidad en el trayecto de pasado mañana, sino que nunca volveremos a tener una oportunidad como ésta.

—Supongamos que lo conseguimos —murmuró otro—… Es un golpe demasiado fuerte.

El que llevaba la voz cantante lo miró como perplejo.

—Ya hemos cobrado —dijo—… Se trata de hacer un trabajo sucio para personas que nos lo han pagado mejor de lo que podríamos haber soñado en toda nuestra vida.

—Sí, eso ya lo sé, pero…, ¡demonios, se trata de un asesinato que va a poner el mundo patas arriba!

—Que se joda el mundo —gruñó otro—… ¿Desde cuándo te ha preocupado a ti el mundo…, o desde cuándo le has preocupado tú

al mundo? Nos hicieron una oferta, la aceptamos, y ya la tenemos perfectamente planeada y montada. Sólo tenemos que hacer volar ese automóvil en el centro de Londres, caiga quien caiga, y luego si nos apetece incluso podríamos retirarnos para siempre de esta mierda de vida.

—Ya lo sé. En fin, no es que me importe cargarme a ese enviado de la Iglesia, pero…

—Ssst —chistó de pronto otro de los reunidos.

Hubo como un pequeño sobresalto colectivo. El que había chistado miraba hacia la ventana de la sala, en la que había un resplandor rojizo de sol poniente. Por un instante nadie oyó nada. Llevaban reunidos allí todo el día, y no habían oído ni visto nada en ningún momento. Precisamente, aquel chalé había sido elegido por este motivo: su aislamiento total.

Se hallaba situado a unos dos kilómetros de la más cercana carretera, a la que se llegaba tras recorrer un camino de tierra, camino que sólo podía interesar a quien fuera precisamente y únicamente al pequeño chalé medio oculto entre unos pocos pinos de la campiña inglesa, a unos sesenta kilómetros al norte de Londres.

Nadie tenía por qué ir allí, y mucho menos pasar, pues el camino no conducía a parte alguna salvo precisamente al chalé.

Pero siempre ocurren imprevistos.

Y los imprevistos, en la clase de vida que llevaban aquellos sujetos, son algo que siempre se han de tener en cuenta. No prevenirlos, pues para eso son «imprevistos», pero sí tener presente que en el mejor de los planes puede ocurrir sigo inesperado. Como por ejemplo, la llegada de un vehículo a aquel lugar adonde se suponía que nadie debía ir absolutamente para nada.

—Maldita sea —masculló el jefe del grupo.

Ahora, tanto él como los demás oían perfectamente la llegada de un vehículo, que terminó por detenerse justo delante del chalé… Dos de los hombres se acercaron a mirar discretamente por una de las ventanas, mientras sacaban las pistolas de las fundas axilares.

El jefe del grupo se reunió con ellos, y miró también hacia el exterior. Su ceño se frunció, maldijo algo por lo bajo, y se quedó mirando fijamente la escena.

El vehículo que había llegado era un automóvil Rover

remolcando una caravana blanca con una franja azul. En el asiento delantero del Rover podía verse, ante al volante, a un hombre de blancos cabellos, que aparentaba unos setenta años. A su izquierda había otra persona, a la que no podían ver muy bien, pero que en cuestión de segundos sí pudo ser definida: una dama de algo más de sesenta años, también cabellos blancos, y provista de unas gafas que por un momento parecieron reflejar la luz del sol.

—Pero… ¿qué demonios hace esa gente aquí? —graznó uno.

—Están consultando un mapa, me parece —dijo el jefe.

Efectivamente, el hombre de blancos cabellos había extendido un mapa sobre el volante. Ahora pudieron ver mejor a la dama, cuando ella se inclinó sobre el mapa y señaló con un dedo, acompañando el gesto con una expresión enérgica poco usual, incluso un poco enfadada. Se entabló una acalorada discusión entre ambos personajes que duró apenas quince segundos, porque de repente la dama se apeó del coche y se dirigió hacia la casa, caminando con graciosa energía, apoyándose en un bastón.

—Esa gente se ha extraviado —murmuró el jefe—, y vienen a pedir orientación. Será mejor que los atienda y así terminaremos antes.

—De acuerdo.

Estaba increpando a la mujer, para terminar caminando tras ella, casi corriendo para alcanzarla. El caminar de ambos no parecía demasiado seguro, pero resultaban atractivos y simpáticos.

—Vaya pareja —comentó, sonriente, uno de los aventureros—… Casi no se tienen en pie y se lanzan por el mundo de *camping* con la casa a cuestas. ¡Hay gente que tiene buen humor…!

El otro sonrió irónicamente. Dos más se habían acercado a la ventana, y uno de ellos rió quedamente cuando el anciano agarró por un brazo a la mujer como queriendo llevarla de nuevo al coche. Ella se soltó bruscamente, y continuó caminando hacia la casa. Él farfulló algo, de evidente malhumor, y de nuevo caminó tras ella, un poco encorvado, casi cayéndosele las gafas con gruesa montura que resbalaban sobre su aguileña nariz.

—Porsche los largará de aquí enseguida —dijo el más divertido.

Mientras tanto, el jefe del grupo, el llamado Porsche, había llegado a la puerta del chalé, que abrió. La dama de blancos cabellos, que se hallaba a pocos pasos del porche, alzó vivamente

los ojos, y al ver a Porsche su gesto enfurruñado cambió en el acto, tornándose amable, casi risueño.

—Ah, joven —exclamó, con vocecita algo cascada—, es una suerte que esté en casa. ¿Verdad que aquí no vive nadie llamado Claridge?

—Me temo que no, señora —sonrió Porsche.

—¿Lo ves? —Se volvió ella hacia el hombre—. ¡Ya te dije que ése no era el camino que nos había dicho Helen por teléfono!

—Pues ella se explicó mal —farfulló el hombre.

—¡No se explicó mal, porque yo la entendí perfectamente! —clamó la dama, blandiendo su bastón—. ¡Eres tú quien nunca quiere hacer caso a nadie cuando te pones ante el volante! ¡Toda la vida has estado haciendo lo mismo, y toda la vida te has estado equivocando de caminos!

—Haz el favor de no gritarme —masculló el hombre.

—¡Me gustaría que me hicieras caso alguna vez en tu vida!

—Melissa, te he dicho que no me grites.

Ella pareció precisamente a punto de gritar más, pero lo pensó mejor, aspiró hondo, y volvió su airada mirada hacia Porsche, que aunque tenía el ceño fruncido no podía evitar una cierta sonrisita retorcida en sus labios delgados y crueles.

—Joven: ¿podemos telefonear?

—Con gusto les permitiría hacerlo, señora, pero no hay teléfono en este lugar —se lamentó Porsche—. De todos modos quizá yo pueda orientarles para que encuentren el lugar que buscan.

—A decir verdad —sonrió la dama venerable—, ya hemos llegado al lugar que buscamos.

Mientras decía esto tiró del puño de su bastón, y apareció el reluciente estoque. Porsche no tuvo tiempo ni de pensar en qué ocurría allí: el estoque relampagueó un instante, y se hundió, certero y mortífero, en su corazón. Hubo una crispación súbita y horrenda en las facciones de Porsche, y talmente pareció que sus ojos se apagaran. La dama retiró el estoque velozmente, a Porsche todavía de pie, fulminantemente muerto pero con pretensiones de seguir vivo.

Mientras tanto, y con una velocidad impropia absolutamente de su aparente edad, el anciano de blancos cabellos se había metido en la casa, y corría con increíble agilidad y en silencio hacia la sala.

Apareció en la puerta de ésta tan silencioso, tan inesperado, que todavía pudo captar la reacción de pasmo de los hombres que volvieron hacia allí su mirada. El anciano extendió el brazo, armado con una imponente automática, y dijo, escueta y secamente:

—Quietos.

De los tres hombres que había ante la ventana, uno metió la mano en su axila izquierda en busca de la pistola. El anciano apretó el gatillo de su arma, se oyó un chasquido, y el otro gritó al recibir el balazo en pleno corazón. Dio un traspié hacia atrás, chocó con la ventana, y el rebote lo llevó hacia delante, para caer de rodillas…

Mientras tanto, otros dos hombres habían reaccionado del mismo modo que el que acababa de morir. Intentando sacar su pistola. Pero, junto al anciano, había aparecido la dama de blancos cabellos y aspecto encantadoramente simpático y venerable, empuñando ahora una pequeña pistola, con la que disparó dos veces.

Plof, plof, pareció toser la pistolita.

Uno de los sujetos cayó de bruces sobre la mesa, con una bala alojada en el cerebro. El otro giró, dejando en el aire un escalofriante surtidor de ojo reventado, y cayó de bruces al suelo… En aquel momento, el que había caído de rodillas también caía de bruces. Los tres que quedaban vivos parecían haberse convertido en piedra.

Afuera, en el porche, se oyó el impacto del cuerpo de Porsche al derrumbarse finalmente.

Las desorbitadas miradas de los tres supervivientes iban de uno a otro anciano personaje, incrédulas y alarmadas.

—Pongan las manos sobre la cabeza y colóquense de cara a esa pared —dijo el anciano, haciendo un gesto con la cabeza—… ¡Vamos!

Los tres hombres iniciaron el gesto que parecía de obediencia, pero de repente uno de ellos echó a correr hacia un rincón de la sala mientras metía la mano izquierda en el lado derecho de la cintura…

Plop, disparó de nuevo el anciano.

El hombre ni siquiera pudo gritar. La bala le acertó en la sien derecha, le reventó parte de la cabeza, y lo hizo girar, derribándolo aparatosamente sobre un sillón, que volcó provocando un estrépito

tremendo.

La dama de los blancos cabellos no hacia ahora caso a nada. Corría hacia el rincón que había elegido el último hombre en morir. Llegó allí, se quedó mirando lo que parecía una simple e inofensiva cesta para llevar meriendas al campo, y de pronto se dejó caer de rodillas ante ella y dejó la pistolita en el suelo.

—Ten cuidado —dijo el anciano—… Quizá sería mejor que lo desconectara uno de esos sujetos.

La anciana volvió la cabeza hacia él mientras se quitaba los lentes. Ahora se podían ver perfectamente sus asombrosos ojos azules, bellísimos, grandes y juveniles.

—Ni hablar —dijo—… Estas malas bestias podrían provocar la explosión viendo que todo está perdido.

Abrió la cesta, y se quedó mirando el aparato, que parecía… un cargador de baterías de automóvil, colocado sobre otro aparato, o, mejor dicho, sobre un recipiente metálico.

—¿Quieres que lo haga yo? —ofreció el anciano.

Ella volvió a mirarlo, y rió dulcemente.

—¡Qué tonto eres…! —exclamó—. Si no lo hago bien no seré yo quien muera, sino las personas que estén cerca de la carga a distancia colocada en cualquier lugar de Londres. Y puestas así las cosas, sabes perfectamente que yo no tocaría esto si no estuviera segura de hacerlo bien.

—Pero podría explotar también una carga colocada en la cesta.

—Mi amor, si hay una carga en la cesta, y explota, lo mismo da que yo esté aquí y tú ahí o viceversa, pues saltaríamos igualmente en pedazos los dos y toda la casa. ¿Me permites…? —terminó con simpática ironía.

—Ten cuidado —masculló él de nuevo.

Ella asintió, estuvo casi un minuto estudiando el aparato y sus cables e indicadores, y por fin agarró un solo hilo y dio un suave tirón, arrancándolo de su conexión. La aguja del indicador pasó bruscamente del cien al cero. La dama soltó un suspiro, y exclamó:

—¡Zambomba, lo he conseguido!

—Deberíamos matar a estos dos.

—No vale la pena. Además, el MI5 seguramente querrá conversar con ellos.

—El MI5 ya tiene a su cómplice que les informó de lo que se

estaba tramando, no necesita para nada a estos dos perros.

La dama encogió los hombros, sacó de un bolsillo de su chaquetón una pequeña radio de bolsillo, y la accionó.

—¿Sí? —Sonó una voz tensa.

—Asunto terminado, John. Podéis venir.

Cerró la radio.

El anciano se acercó a los dos sujetos, que se habían colocado de cara a la pared indicada antes. Les quitó las pistolas, y sin miramiento alguno golpeó a uno en lo alto de la cabeza, derribándolo sin sentido. El otro se volvió, quiso realizar un intento de última hora por sorpresa…, y recibió en plenos testículos un puntapié que lo dejó como convertido en estatua de sal, desencajado el rostro, casi fuera de las órbitas sus oscuros ojos de cerdo furioso. El anciano le descargó un golpe con la pistola en la frente, derribándolo de costado, sangrando y desvanecido. Luego, con toda parsimonia, se reunió con la dama ante la mesa, para examinar juntos el plano de Londres.

En eso estaban cuando oyeron la llegada de varios hombres. El primero en aparecer en la sala fue un sujeto alto y atlético, de ojos penetrantes, atractivo, de facciones viriles, cabellos grises. Echó un vistazo, movió la cabeza al contemplar el «espectáculo», y comentó, mirando a la dama:

—Sabía que tú lo harías, Brigitte.

—También lo hubieses podido hacer tú —replicó ella.

—Tal vez. Pero no quería correr ningún riesgo: sabía que si alguno de estos sujetos tenía tiempo de conectar el mando se produciría la explosión y moriría gente inocente. Quería las máximas garantías, de modo que te llamé.

—Ya. Pero deberías saber que cada vez me place menos que me molesten cuando estoy en Villa Tartaruga, John.

John Pearson, alias «Fantasma», actualmente alto jefe del contraespionaje británico, y uno de los más viejos y queridos amigos de la agente «Baby» de la CIA, sonrió guasonamente.

—No te hagas la mártir —dijo—. Habrías sido la primera en salir disparada de la quinta de Número Uno si alguien te hubiera dicho cómo estaban las cosas: un grupo que quería asesinar a un enviado del Papa y que por si la operación les fallaba habían colocado una carga en algún lugar de Londres que podía ocasionar

la muerte a cientos o quizás a miles de personas. Y él también habría salido disparado —señaló al anciano—, por mucho que se las dé de duro y de indiferente hacia el prójimo.

—¿Nos necesita para algo más? —Gruñó el anciano.

—No. Gracias a los dos. En Heathrow todo está en orden para que podáis regresar en vuestra avioneta a Malta cuando queráis.

Los hombres que habían entrado en el chalé con John Pearson contemplaban en respetuoso silencio a la pareja de ancianos; que no eran ancianos realmente, pues bajo su disfraz se hallaban nada menos que la agente Baby de la CIA, la espía más audaz y peligrosa del mundo, y Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos.

Ambos se acercaron a Pearson, ella le besó en ambas mejillas, él le tendió la mano, y sin más comentarios ambos abandonaron el chalé, se metieron en el Rover, y partieron.

—¿Sabes qué me gustaría? —dijo la anciana, quitándose la peluca, y dejando al descubierto su hermosa cabellera negra y suavemente ondulada.

—¿Qué?

—Pasar unos cuantos días recorriendo la campiña inglesa viviendo en la caravana que estamos remolcando. ¡Sería muy divertido!

—Pero incómodo.

—Muchísima gente recorre el mundo de este modo… ¿Por qué no podemos hacerlo nosotros? ¡Y quítate ya esa tonta peluca!

Ella misma le arrancó el postizo a Número Uno, que la contemplaba con mal conseguida severidad, pues en el fondo de sus negros ojos había una sonrisa; una sonrisa que Brigitte Montfort conocía muy bien, una sonrisa que contenía todo el amor del mundo, y que sólo ella sabía ver en los habitualmente duros y penetrantes ojos del espía.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer a mí? —dijo Uno.

—Claro que lo sé —rió ella—: ¡complacerme!

—Además de eso.

—Pues no sé… ¿Qué te gustaría?

—Precisamente irnos tú y yo de *camping-caravaning* por el mundo…, y que jamás nadie pudiera volver a encontrarnos.

—Eso es puro egoísmo.

—Sí. ¿Y qué?

—¡No se ha de ser egoísta!

—Tampoco se ha de ser malo, y tú y yo nos pasamos la vida exterminando gente que no hace caso de eso y viven como malvados.

—Vamos a ver —comenzó a enfadarse Brigitte—: ¿qué es lo que quieres tú, complacerme o tener razón?

—Me quiero morir de amor por ti.

Capítulo II

—Pues yo diría que no te has muerto.

—Tú tampoco —replicó él.

—Pero yo no dije que quería morir, y tú sí lo dijiste.

—De acuerdo: si quieres, me muero ahora mismo.

Brigitte suspiró, se apoyó sobre un codo, y se quedó mirando a Número Uno, que ahora yacía junto a ella de espaldas sobre el estrecho lecho de la caravana. La espía sentía todavía en su cuerpo como un eco del placer experimentado poco antes en el último abrazo de amor.

—No —susurró—… No te mueras.

Él también miraba intensamente los ojos de ella, tan limpios, tan intensamente azules, expresando tanto amor. Llevaban tres días en aquel paraje encontrado casualmente, como perdidos en el espesor de aquel denso. Estaba lloviendo, y el agua parecía un concierto musical sobre el techo del vehículo. En ocasiones tenían la vaga y placentera sensación de que se habían quedado solos en el mundo, y que lo único que les quedaba por hacer era el amor, escuchar música, beber champán y preparar divertidos bocadillos.

—Pero si quieres, me muero —insistió él.

—Que no. ¿Quieres que me muera yo?

—Hagamos una cosa: ¿por qué no nos «morimos» los dos… otra vez?

Sin darle tiempo a replicar, Número Uno la atrajo sobre su pecho, y la besó en la boca. Brigitte volvió a suspirar, expeliendo el aire por la nariz, y se dejó llevar por los brazos de él. Afuera seguía lloviendo, seguía el concierto musical acuático…, al que pronto se sumaron los dulces gemidos de placer de la espía más peligrosa del mundo.

Poco más tarde, él la besaba en un seno, y susurraba:

—¿Puedo servirte en algo más?

Ahora era él quien estaba recostado junto a ella, y ella tendida cara al techo. Lo miró, rió quedamente, y dijo:

—Sí, que puedes: tráeme una copa de champán.

—Inmediatamente, *Milady*.

Número Uno salió del lecho, completamente desnudo. La calefacción de la caravana era buena. Todo era de primera calidad allí, empezando por la caravana y terminando por el champán, naturalmente Dom Perignon. Proseguía la lluvia, y afuera la oscuridad era gris y fría.

Número Uno regresó al lecho con dos copas de champán, y dijo:

—No comprendo cómo puedes permanecer aquí tanto tiempo: éste no es precisamente el clima que más te gusta.

Ella se sentó, ofreciendo el bellísimo espectáculo de sus senos moviéndose como en una danza soñada. Tomó la copa de champán que le tendía Uno, rió cuando él la besó en un lado del cuello, y dijo:

—Tienes razón. Pero la lluvia tiene algo de nostálgicamente bello que a veces pulsa nuestras más románticas sensaciones.

—Caray —dijo Uno.

—De todos modos —volvió a reír Brigitte— quizá sería cuestión de cambiar de ambiente. Podríamos ir hacia el sur de Europa. A Málaga, por ejemplo. Tengo la certeza de que allí luce un sol espléndido.

—Y si no es así podemos pasar a África —asintió él.

—Brindemos por el sol.

Estaban bebiendo los dos cuando sonó el claxon. La reacción de los dos espías fue fulminante. En un momento habían dejado las copas, habían abandonado el lecho, y cada uno de ellos empuñaba un arma y se acurrucaba en posición defensiva. Número Uno tuvo tiempo, incluso, para apagar la luz de la caravana. Hubo unos segundos de tenso silencio. Luego, volvió a oírse el claxon de un automóvil, haciendo señales que compusieron en morse las letras CIA.

—Oh, no —exclamó Brigitte.

Número Uno masculló algo que no era precisamente romántico, encendió la luz, fue a sentarse de nuevo en el borde del lecho, y recuperó su copa de champán. Brigitte recurrió a su radio de bolsillo, con el delgado punzón cambió la disposición de las

pequeñas placas que cambiaban la onda, situándola en la correspondiente al Sector de las Islas Británicas, y acto seguido pulsó la tecla de llamada.

En el acto, en el pequeño aparato sonó la voz de un hombre:

—¿Baby?

—¿Son ustedes los que están cerca de mi caravana?

—Sí. Sentimos molestarla, pero está ocurriendo algo que preocupa mucho en la Central. Y también en el MI6. Y en otras partes.

—¿Cómo han podido ustedes encontrarme?

—Cierto directivo del MI6 nos facilitó una pista. Llevamos más de veinticuatro horas buscando una caravana por estos alrededores.

—Pues ya la han encontrado —murmuró Brigitte—. Vengan.

Cerró la radio, se puso una bata, y se sentó junto a Número Uno, procediendo a terminar su champán.

—Adiós a Málaga —dijo él.

—Iremos cuando resolvamos lo que sea —dijo ella.

—Tal vez sería conveniente hacer comprender a ciertas personas que tú y yo no somos los únicos espías capacitados en el mundo para resolver problemas.

—Según qué problemas —condicionó ella.

—Ya. Seguramente te saldrán con algo parecido a lo del otro día: siete desgraciados que querían hacer una escabechina.

—No eran tan desgraciados. Y sabes muy bien que un pequeño fallo podía haber costado la vida a muchas personas. ¿No sería mejor que tú también te vistieras?

Número Uno gruñó algo, y se puso su bata, mientras ella reía. En aquel momento afuera y ahora muy cerca volvió a sonar el claxon de un coche. Brigitte se acercó a mirar por una de las ventanas de la caravana, y vio el vehículo, del cual se apeaban dos hombres, uno de ellos de algo más de cincuenta años. Brigitte miró a Uno, que de nuevo empuñaba la pistola, y dijo:

—Todo está bien: es Simón-Londres.

Fue a abrir la puerta del vehículo. Los dos hombres recién llegados al paraje entraban en la acogedora caravana segundos más tarde. Ambos miraron de uno a otro espía, con cierta prevención a Uno, que permanecía impasible. Brigitte sonrió.

—¿Les apetece una copa de champán? —ofreció.

—Sentimos mucho molestar, pero…

—Olvídenlo. A decir verdad ya estábamos pensando en dirigirnos hacia otro lugar. ¿Quién sabe…? Quizá nuestra ruta coincida con la que usted va a proponernos, Simón. ¿Qué es lo que preocupa en la Central?

—Ignoramos el paradero del señor presidente.

—¿De qué presidente? ¿Del de Estados Unidos?

—Sí, claro… Del señor Reagan. Al parecer nadie sabe dónde está.

Brigitte asintió, terminó de servir champán en dos copas, y ofreció una a cada hombre, guiñándole cariñosamente el ojo al más joven, que sonrió de oreja a oreja y continuó mirándola absolutamente fascinado, como si estuviera viendo un ángel tocando el arpa.

—Bien —murmuró Brigitte—… Debe de haber un revuelo tremendo en la Casa Blanca. ¿Qué dice el servicio de seguridad del presidente?

—Dicen que todo está bien, que no ocurre nada. La impresión de la CIA es que se quiere dar la sensación de que, en efecto, nada ocurre, y que el señor Reagan está en la Casa Blanca despachando asuntos. Pero no es cierto: nosotros sabemos que el señor Reagan no está en la Casa Blanca. Ni en cualquier otro de los lugares habituales que suele visitar cuando desea descansar unos días u horas. No está en la Casa Blanca, ni en Camp David, ni en su rancho de California…

—¿No podemos estar equivocados nosotros, Simón? —Alzó las cejas Brigitte—. A fin de cuentas, la CIA no es infalible.

—Desde luego que no. Y estábamos a punto de aceptar eso cuando a la Central llegó un sobre dirigido a usted. Desde la Central se intentó localizarla para informarla de ello, pero nadie sabía dónde se hallaba usted. *Mr*. Cavanagh decidió abrir el sobre. Y fue entonces cuando dio la orden de que la buscásemos a usted por todo el mundo y le entregáramos una transcripción de la nota que contenía el sobre, al tiempo que la informábamos de nuestras sospechas sobre la desaparición del señor presidente. *Mr*. Cavanagh dijo que usted ataría los cabos de este rompecabezas.

Brigitte asintió, tomando la hoja que le tendía Simón-Londres. No le sorprendía ni la molestaba que *Mr*. Cavanagh, jefe del Grupo

de Acción de la CIA en todo el mundo, y uno de sus más viejos y queridos amigos, hubiera abierto un sobre dirigido a ella; ni la sorprendía la fe que él tenía en ella: le había resuelto muchos problemas a lo largo de muchos años. La hoja contenía solamente seis líneas, escritas a máquina:

LAS GRANDES AVES HAN VOLADO
LEJOS DEL NIDO, Y SUS ALAS
DE FUEGO SE EXTIENDEN EN EL VACÍO.
¿ADÓNDE VAN LAS GRANDES AVES,
QUÉ BUSCAN EN EL ESPACIO,
POR QUÉ TODAS TAN LEJOS HAN IDO?

Brigitte tendió la hoja a Número Uno, que leyó los versos, frunció el ceño, y dejó la hoja de papel sobre una repisa, junto a la pistola. Encendió dos cigarrillos y tendió uno a Brigitte, que permanecía pensativa. Estaba encantadora envuelta en su bata de seda azul, sueltos los cabellos, ofreciendo la belleza de su escote, de su esbelto cuello que parecía de seda, incluso más suave que la bata, de sus grandiosos ojos azules…

—Las grandes aves —murmuró—… Metafóricamente hablando bien podríamos decir que el señor Reagan es una «gran ave», ¿verdad?

—Sí…, claro.

—Veamos… ¿Ha desaparecido alguna otra «gran ave», han… volado lejos del nido algunas «grandes aves»? Por ejemplo, y ya que estamos en el Reino Unido: ¿dónde está la reina?

—En Buckingham Palace. Lo hemos comprobado.

—Ah. ¿Y… la señora Tatcher?

—Oficialmente —sonrió con sequedad Simón-Londres— la señora Tatcher se halla en el 10 de Downing Street, despachando los asuntos propios de su cargo de Primer Ministro británico.

—Oficialmente —asintió Brigitte—. ¿Pero…?

—Pero la CIA ha podido detectar que la señora Tatcher no está en parte alguna donde se la pueda localizar. La misma persona que nos facilitó la pista sobre usted nos rogó que le transmitiéramos un recado: el MI6 ignora el paradero de la señora Tatcher.

—Sin embargo —susurró Brigitte—, en el 10 de Downing Street

todos dicen que no ocurre nada, que todo está bien, que la señora Tatcher está haciendo su vida habitual.

—Así es. Pero no es cierto. Nos lo ha confirmado quien usted sabe.

—John Pearson, alias *Fantasma* —sonrió Brigitte—. Bueno, si John dice que la señora Tatcher no está en el 10 de Downing Street podemos estar completamente seguros de que ella no está ahí. Y tal como están definiéndose las cosas yo diría que existe un cierto… paralelismo entre lo que ocurre con la señora Tatcher y lo que ocurre con el señor Reagan. ¿Tal vez se han reunido ambos en algún lugar secretísimo con personas de su más estricta confianza?

—Lo ignoramos, puesto que desconocemos el paradero de ambos.

Brigitte estuvo fumando pensativa durante casi un minuto, antes de preguntar:

—¿Ha desaparecido alguna otra «gran ave»? Quiero decir: ¿tenemos noticias de que algún otro presidente o jefe de Estado se haya ausentado de su residencia o despacho oficial…, aunque todo parezca indicar que continúan haciendo vida normal?

—Me advirtieron de la Central que usted terminaría por hacer esa pregunta —sonrió de nuevo secamente Simón-Londres—, de modo que ya le tenemos preparada la respuesta: Actualmente, y pese a que todos los indicios oficiales indican que se hallan en sus puestos habituales de vida y trabajo, faltan de éstos los siguientes personajes: la señora Corazón Aquino, de Filipinas; el señor Castro, de Cuba; el señor Mitterrand, de Francia; el señor Felipe González, de España; el señor La Madrid, de México; el señor Xiaoping, de China; y el señor Jomeini, de Irán. Además del señor Reagan y la señora Tatcher, claro está.

—Tal vez se hayan reunido para iniciar otras conversaciones de paz —intervino inesperadamente el hermético Número Uno [1].

—No seas sarcástico, por favor —pidió Brigitte—. Es evidente que está ocurriendo algo extraño.

—¿Extraño? Lo extraño sería que toda esa gente hiciera algo de modo normal, directo y sincero. En cualquier caso, lo seguro es que están todos reunidos en alguna parte, y tramando algo… que sólo será bueno para ellos.

—No es necesario que hables así —murmuró Brigitte.

—Si estuvieran tramando algo «beneficioso para el mundo» puedes estar segura de que se habrían apresurado a concederse toda la gran publicidad que hubieran podido. Pero como está bien claro que no quieren que nadie sepa dónde están y qué están haciendo, sólo se me ocurre decir que Dios se apiade de todos nosotros. Vamos, Brigitte, tú sabes tan bien como yo que esto es así.

—La pregunta es: ¿realmente están… juntos, reunidos?

—Puedes apostar a que sí. Y sea lo que sea lo que estén tramando, no será nada bueno. Las casualidades no existen, tú lo sabes.

—Sí —admitió Brigitte—… La verdad es que no podemos pensar otra cosa: si han desaparecido todos a la vez es que puede tratarse de alguna… reunión, con el fin de conseguir algo que interesa o conviene a todos.

—La paz mundial, no.

—¡Bueno, ya está bien! ¡No me hagas enfadar!

—Yo no te hago enfadar. Tú te enfadas sola. Y ellos no lo merecen.

—¡No sabemos lo que están haciendo!

Número Uno encogió los hombros, dando a entender que no quería proseguir esa discusión. Y enseguida preguntó:

—¿No estás interesada por conocer la procedencia de esos versos que hablan de grandes aves que han volado lejos del nido?

—Me estaba preguntando quién podría haberlos enviado. Y me estaba preguntando por qué me los han enviado a mí.

—Ésa es la cuestión, realmente. Si esa nota hubiera sido enviada a la Central, sin más, el asunto no me interesaría ni poco ni mucho; pero lo cierto es que la han enviado a tu nombre, y eso sí me preocupa…

—Perdón —intervino Simón-Londres—… No la enviaron a nombre de Brigitte Montfort, sino a nombre de Baby nada más. Si antes no he sabido dar a entender esto, lo siento.

—Entonces vuelve a preocuparme menos el asunto —dijo Uno.

—¡Pues a mí sí me preocupa! —exclamó Brigitte.

—Me lo temía.

—Y además, ¿por qué enviarme a mí esa nota? Quienquiera que sea que la haya enviado sabe perfectamente que la comprenderé, y que deduciré que él tiene algo que ver con todo esto. Cielos, en

realidad es… como un desafío. ¡En realidad me están diciendo que ellos saben dónde están esas personas, y me desafían a que las encuentre!

—Era de temer que lo comprendieses —gruñó Uno—. Bueno, no vas a dejarte manipular, ¿verdad?

—¿Manipular?

—Si te han enviado esa nota es para que te enteres del asunto y te sientas impulsada a intervenir. Es una trampa.

—¿Una trampa? ¿Una trampa en la que intervienen varios jefes de Estado?

—Los están utilizando a ellos para atraerte a ti.

—¡Pero bueno…! —Brigitte soltó de pronto una carcajada—. ¡Esto sí que es una enorme fantasía, mi amor! ¡Utilizar nueve jefes de Estado para tender una trampa a una espía! Y además, ¿debemos creer que ellos han aceptado colaborar en la trampa? Porque una cosa es cierta: si las ausencias de esas personas no han provocado alarma alguna, ni las están buscando, es porque sea donde sea que se hallen es por su voluntad, ¿no te parece?

—Me pregunto qué puede haber impulsado a esas personas a «volar de su nido» para reunirse.

—Cualquier cosa menos tenderme una trampa a mí. Y ni siquiera podemos estar seguros de que, realmente, estén todos en el mismo lugar. ¡Vamos, es todo demasiado fantástico! Miren, vamos a hacer una cosa —Brigitte se dirigió de nuevo a los dos Simones—: vuelvan ustedes a Londres, pidan que les faciliten las últimas informaciones sobre este asunto, y si esas personas han reaparecido todo solucionado.

—Todo, menos los versos que te han enviado —insistió Número Uno—. Y además, no van a reaparecer tan fácilmente. Tienes que entenderlo y admitirlo de este modo: alguien ha reunido a esas personas en alguna parte, y quiere que tú lo sepas… y las busques. Por eso te han enviado los versos:

¿adónde van las grandes aves,
qué buscan en el espacio,
por qué todas tan lejos han ido?

—Realmente —sonrió fríamente la divina espía— haría falta ser

de piedra para no sentir interés por desvelar este misterio.

—Quizá tenga usted razón, y todo esté ya solucionado en estos momentos —dijo Simón-Londres—… Volveremos a Londres y me interesaré por ello. ¿Permanecerán ustedes en este lugar?

—No. Nos acercaremos más a Londres, para que usted pueda comunicarse con nosotros por medio de la radio de bolsillo —dijo Brigitte—. Llame en cuanto haya conseguido información de la Central.

Seguía lloviendo cuando sonó la llamada en la pequeña radio que Brigitte había dejado sobre la mesita de noche. Eran las tres y media de la madrugada, pero los dos espías, que dormían abrazados y felices en el angosto lecho que tanto los unía, reaccionaron como si ni siquiera hubieran estado durmiendo.

—¿Sí? —contestó Brigitte a la llamada.

—Soy Simón. Tal como convinimos, la llamo.

—Y tal como convinimos yo estoy más cerca de Londres para que mi pequeña radio pueda recibir la onda de la suya. Muy bien. ¿Todo sigue igual respecto a las grandes aves?

—No.

—¡Ah! ¿Debo entender, entonces, que han reaparecido?

—No. Por el contrario, ahora faltan de su despacho y domicilio dos grandes aves más: los presidentes de Brasil y Argentina, señores Sanney y Alfonsín.

—De acuerdo —ni siquiera parpadeó Brigitte—. Saldremos cuanto antes hacia la Central para conseguir una información que…

—Tengo un recado para usted de parte de nuestro jefe del Grupo de Acción: debe dirigirse directamente desde aquí a México, concretamente a Puerto Vallarta. Una vez allí, llame por la radio y nuestros compañeros de allá se pondrán en contacto con usted.

—Perfecto. Gracias, Simón. Espero que volveremos a vernos.

—No confío en tanta suerte —suspiró el veterano espía—… Pero hágame un favor, ¿quiere?: cuando solucione este asunto dígame qué es lo que está ocurriendo realmente. Me muero de curiosidad.

—No le aconsejo que se muera de curiosidad —rió Brigitte—. Para morirse, lo mejor es hacerlo de amor. Adiós, Simón.

Cortó la comunicación, y se quedó mirando a Número Uno, que no parecía demasiado feliz en aquel momento. El espía murmuró:

—¿Vas a ir a México?

—¡Cómo que si voy a ir a México…! Los dos vamos a ir a México. ¿No queríamos cambiar de clima, trasladarnos a un lugar donde hubiera sol y a ser posible incluso mar? ¡Pues no me dirás que Puerto Vallarta no es uno de los buenos lugares para conseguir ambas cosas!

—Algún día te fallará algo —movió la cabeza Número Uno—… Jamás he conseguido comprender cómo una sola persona puede tener tanta suerte, cómo pueden salirle las cosas siempre tan bien, tan a su gusto… Mi amor; eres una privilegiada de la vida, una mimada de la Fortuna, una elegida de los dioses.

—¿Y eso te molesta?

—De ninguna manera —acarició Número Uno la garganta de Brigitte, que se estremeció—… Pero me preocupa tan sólo pensar en la posibilidad de que algún día dejes de tener tanta suerte.

—¿Vas a acompañarme a México o no?

—Claro que sí.

—Entonces —sonrió dulcemente Brigitte—, mi suerte todavía sigue vigente.

Capítulo III

La red de comunicaciones de la CIA funcionó con tal rapidez y efectividad que ni siquiera hizo falta que Brigitte utilizara su pequeña radio al llegar a México. Es más, ni siquiera tuvo que preocuparse del traslado desde Ciudad México a Puerto Vallarta, pues en la capital mexicana la esperaban dos agentes de la CIA que la condujeron a un pequeño *jet* privado que era lo más parecido a una *suite* de lujo volante.

En poco más de una hora, la espía internacional terminaba su largo viaje iniciado casi treinta horas antes en Londres. Fue un final de viaje feliz y agradable, pues también en Puerto Vallarta los estaban esperando, y fueron conducidos en un discreto pero confortable automóvil a un *bungalow* sencillamente encantador al sur de la población, en una deliciosa caleta de arenas doradas desde la cual se divisaba toda la Bahía de Banderas. Número Uno no pudo evitar uno de sus comentarios, últimamente un tanto mordaces, o cuando menos irónicos:

—Más que dos espías parecemos dos estrellas de cine a las que se tenga que minar y promocionar.

Uno de los agentes de la CIA que los había llevado al *bungalow* emitió una risita al oír esto, y acto seguido, al captar la gélida mirada de Número Uno casi palideció. Brigitte le quitó el susto del cuerpo al besarlo en ambas mejillas, riendo, haciendo acto seguido lo mismo con el otro y diciendo:

—Gracias por todo, queridos. ¿Pueden quedarse a tomar una copa de champán, o han de marcharse? —De pronto pareció alarmada, y abrió mucho los ojos—. ¿O acaso no hay champán en el frigorífico?

—Claro que sí —sonrió el Simón de turno—. Pero nosotros tenemos que marcharnos. Nuestro trabajo ha terminado. Esta noche

recibirán la visita que les interesa.

—¿Qué visita?

—Nosotros no lo sabemos. A decir verdad, ni siquiera sabemos qué estamos haciendo, y por qué está usted aquí. Simplemente, se nos ordenó que buscásemos alojamiento adecuado para Baby, y que la fuésemos a esperar al aeródromo. Y eso hemos hecho.

—De acuerdo. Hasta la vista.

Los dos Simones se marcharon, dejando a los dos espías solos en el encantador *bungalow*, cuyas vistas no podían ser más agradables, y cuya tasa de sol resultaba sencillamente calcinante. El Pacífico parecía hecho con un delicioso cristal de un azul para enamorados.

—Champán fresco, sol y mar —dijo Brigitte—. ¡No dirás que te llevo a sitios desagradables!

—Ningún sitio donde estés tú es desagradable.

—¡Huy! —exclamó Brigitte, riendo—. ¡Seguro que ahora vas a ponerme alguna de tus condiciones!

—Nada de eso. Todo lo que me gustaría saber es qué vamos a hacer hasta la noche.

—Pues lo de siempre cuando estamos juntos: tomar el sol, amarnos, y sentir cómo la vida late y pasa, por nuestros cuerpos y nuestras mentes. ¿Qué más se puede hacer?

—La verdad es que no se me ocurre —admitió Número Uno.

Efectivamente, al anochecer Baby recibió una llamada en su radio de bolsillo, por medio de la cual se le preguntaba si podía admitir visitas o el momento no era propicio por alguna causa. Brigitte dijo que estaban esperando, y que eso era todo. Pocos minutos después, cuando el sol estaba terminando de ponerse llegó el automóvil que se detuvo frente al *bungalow*, y del cual se apearon tres hombres. Dos de ellos eran, sin la menor duda, agentes de la CIA, altos y apuestos yanquis que no parecían tener el menor interés en parecer otra cosa. El tercer hombre era, también sin la menor duda, mexicano. No demasiado alto, pero ancho de hombros, recio, de grandes manos deformadas por tantísimo trabajo realizado con ellas, y un rostro arrugado y quemado y requemado por el sol. Debía de tener poco más de cuarenta años. Su indumentaria proclamaba a gritos que era la de los días festivos, y que, ciertamente, no la utilizaba con frecuencia. Se le notaba poco

cómodo, y además el hombre estaba muy nervioso.

Brigitte y Número Uno, que esperaban ocupando sendas mecedoras en la fragante galería del *bungalow*, dirigieron una mirada penetrante y crítica al sujeto. Simplemente, eso. Luego, Brigitte, que se había disfrazado mínimamente, es decir, utilizando una peluca rubia y gafas cuyos cristales no tenían graduación alguna, miró a uno y otro agente de la CIA y murmuró:

—¿Alguna novedad más?

—No tenemos más noticias al respecto —negó uno de los recién llegados; señaló al mejicano, que permanecía de pie, mirando impresionado a uno y otro espía, que vestían sencillos conjuntos deportivos, como si fuesen las cinco de la tarde—... Él es Agapito Ruipérez, un pescador que tomó unas interesantes fotografías.

Diciendo esto Simón le tendió un sobre a Brigitte, que lo tomó y extrajo de él las fotografías. Número Uno se colocó junto a ella, y ambos fueron mirando al mismo tiempo el juego de fotografías. En total había siete. Y en todas ellas aparecía el presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, apoyado en la borda de un magnífico yate blanco. Junto a él había dos personas, un hombre y una mujer. Como fondo, el cielo azul.

Brigitte alzó la mirada hasta los ojos del pescador Ruipérez.

—¿Estas fotografías las tomó usted personalmente? —preguntó.

—Sí, señora.

—¿Cuánto hace de eso?

—Seis días, señora.

—¿Dónde las tomó?

—Aquí mismo, en Bahía de Banderas. Llevaba un cliente que se había emborrachado, y mientras él dormía en una litera de mi lancha... Tengo una lancha que alquilo a los turistas para ir a pescar, ¿comprende?

—Sí, sí. Siga usted.

—Bueno, el turista se había emborrachado, y yo estaba vigilando el sedal, por si picaba algún pez grande. Siempre llevo una cámara en la lancha, porque a veces también la alquilo a parejas de enamorados, y les gusta que les haga fotografías, que luego pagan muy bien... Bueno, entonces vi el yate, y primero no le hice mucho caso, pero casi enseguida me fijé en el hombre de más edad. Mire, mi vista es muy buena, ¿sabe? No lo podía creer, pero a

quien yo estaba viendo era al señor Reagan, ¿comprende? Bueno…, ¿verdad que es él?

—Yo diría que sí —asintió Brigitte.

—Justo, lo sabía. Bueno, pensé en vender las fotografías a algún periódico importante de Ciudad México, así que cuando regresé a tierra llamé a un amigo que conoce a unos periodistas, y le dije lo que tenía. Primero me dijo que yo estaba borracho. Pero esa misma noche, a las tres y pico de la madrugada, tres hombres entraron en mi lancha, me pidieron las fotografías, y cuando les dije que todavía no las había revelado me secuestraron con lancha y todo.

—¿Le han tratado mal? —Frunció el ceño Baby.

—No, no. Eso no. ¡Pero carajos, me tienen como prisionero…!

—Me permito rogarle que tenga un poco más de paciencia, señor Ruipérez —sonrió la espía—. Y le aseguro que será compensado por todas las molestias. Veamos… ¿A qué distancia del yate pasó usted con su lancha?

—Bastante. Pero ya le digo que mi vista es buena. Y mi cámara tiene un teleobjetivo. A veces atrapamos peces enormes, que dan unos saltos increíbles, y los fotografío desde la popa. Las fotografías dejan buenos beneficios.

—Me alegro por usted. ¿Nadie del yate se dio cuenta de que usted les estaba tomando fotografías?

—No lo sé. Yo diría que no, pero no lo sé. Quizá sí, porque me pareció que se acercaban demasiado a mí haciendo una maniobra no muy buena…

Me pareció que lo mejor era alejarme.

—¿Y le persiguieron?

—Pues quizá lo intentaron —sonrió Ruipérez—, pero mi lancha era mucho más rápida. Me fui de allí a toda marcha. Quería dejar en tierra al turista borracho y llamar a mi amigo para decirle lo de las fotos.

Brigitte y Número Uno estuvieron mirando largamente y en silencio al mexicano. Luego, volvieron a mirar las fotografías, que, naturalmente, habían sido ampliadas por los agentes de la CIA. Salvo que el señor Reagan tuviera un hermano gemelo idéntico, la persona de edad que conversaba con las otras dos era Ronald Reagan, y nadie más que él. Pero… ¿podía admitirse que el presidente de los Estados Unidos viajase de modo tan desenfadado

en un yate? ¿Y sin escolta personal que habría detectado enseguida la presencia de la lancha del pescador mexicano y habría tomado las medidas pertinentes, la más fácil de las cuales era rogarle al señor Reagan que se retirase de junto a la borda y se adentrara en el yate? El nombre de éste era *Caracola*, se veía claramente. La bandera era mexicana.

Los dos espías se miraron, movieron la cabeza, y volvieron a mirar a Ruipérez, que los miraba con ojos casi desorbitados, evidentemente inquieto.

—Usted —murmuró Número Uno— se ha aprendido muy bien lo que tenía que decir, ¿verdad?

—Le hemos interrogado sobre el mismo asunto docenas de veces —dijo Simón II—. Es lógico que el pobre hombre se haya aprendido de sobra la lección con las respuestas. Siempre nos da las mismas, siempre lo dice todo igual. No le hemos pillado en ningún desliz o contradicción.

—¿Lo han investigado? —preguntó Brigitte.

—Sí. Es lo que dice ser, un pescador. Todo el mundo lo conoce en Puerto Vallarta, y antes en Acapulco. Su padre ya se dedicaba a contratarse con una barca para salir a pescar con turistas de nuestro país. Está limpio de todo, nunca ha tenido nada que ver con nuestro trabajo.

Brigitte asintió, y de nuevo miró al mexicano.

—Mire usted —dijo amablemente—, tarde o temprano nosotros sabremos si nos está diciendo la verdad o está haciéndole la jugada a alguien… ¿Usted sabe quiénes somos nosotros?

El hombre tragó saliva, y asintió.

—La CIA —alentó apenas.

—Exacto. No somos tan malos como se dice, pero, francamente, tampoco somos precisamente ángeles. Así que vamos a hacer un trato con usted: si nos está diciendo la verdad, le regalaremos veinticinco mil dólares y quedaremos buenos amigos de usted; si nos está mintiendo haciéndole el juego a alguien, me encargaré personalmente de cortarle el cuello. ¿Me ha comprendido?

—Sí —casi sollozó el hombre—… ¡Sí señora!

—Bien. Entonces sigamos con el trato: si ha mentido, dígalo ahora, y todo lo que ocurrirá será que le dejaremos marchar; ahora está a tiempo de salir bien librado, pero si nos sigue mintiendo no

pida clemencia más adelante. ¿Lo entiende bien?

—Sí señora.

—¿Y…?

—Le juro que les he dicho la verdad.

—De acuerdo. Le vamos a retener todavía un poco más de tiempo, pero se le compensará por todo, tiene mi palabra. Una cosa sí voy a rogarle: ni ahora, ni cuando nos separemos, deberá usted hablar de esto con nadie. ¿Está de acuerdo?

—¿Ustedes me darán veinticinco mil dólares?

—Y además le compensaremos gastos y molestias.

—Entonces nunca diré nada a nadie.

Brigitte miró de nuevo a los agentes de la CIA.

—Llévenselo. ¿Qué me dicen del yate?

—Lo están buscando, naturalmente. Pertenece a un millonario mexicano llamado Armando Mendoza. Lo estamos investigando, sin que hasta la fecha hayamos encontrado nada, salvo que al parecer tenía algunas pequeñas dificultades económicas. Se nos ha ocurrido que quizá conocía de antes al señor Reagan, de algún viaje a California, y pretendía venderle el yate. Su mujer le acompañaba. Son las personas que están junto al señor Reagan en la borda. La señora se llama Isabel Lucientes.

—Hablando de señoras —Brigitte tomó de un brazo a Simón y se lo llevó aparte, para evitar ser oída por Ruipérez—: ¿qué dice la esposa del señor Reagan respecto a la ausencia de éste?

—A todos los efectos, nuestro presidente continúa en la Casa Blanca, de modo que nadie dice nada.

—Pero no está en la Casa Blanca.

—Con toda seguridad: NO. Oiga, esto parece de locos, ¿verdad?

—No me atrevería a decir eso. Pero, por supuesto, alguien está tramando algo especial. Y sea lo que sea eso, parece evidente que nuestro presidente va a tomar parte en ello. Secretamente, es claro.

—No entiendo nada.

—Cuiden bien del pescador —murmuró Brigitte—… Y avísenme en cuanto localicen el yate *Caracola*. Ah: y que a nadie se le ocurra acercarse por su cuenta a ese yate. Quiero ser avisada inmediatamente, y yo diré qué es lo que convienen hacer.

—Por supuesto. ¿Están bien provistos de todo usted y Número Uno en el *bungalow*?

—No. Nos falta el chocolate.

—¿Qué chocolate? —Se pasmó Simón.

—El que nos corresponde, como dioses que somos. ¿Usted no sabe que el chocolate es un alimento de dioses?

—Pues no…, no lo sabía.

—Sí, hombre. En la corte del emperador Moctezuma el chocolate era servido en copas de oro, y se le llamaba *Chocolatl*, que significa, como ya le he dicho, *alimento de dioses*. Y ya que ustedes quieren tratarnos tan bien, con todas las delicias comestibles, y con este *bungalow* en tan hermoso lugar, no debieron olvidarse del *chocolatl*. Es lo único que nos falta para sentirnos como dioses.

Simón sonrió de oreja a oreja, y aseguró:

—Les traeremos *chocolatl*.

—Estupendo —sonrió también la espía más peligrosa del mundo.

Poco después, de nuevo a solas en el *bungalow*, Brigitte y Número Uno examinaban una vez más las fotografías, utilizando una pequeña lupa que ella había sacado de su maletín de viaje.

—Por más vueltas que le demos, es él —dijo Número Uno.

—Sí, tienes razón. Bueno, todo lo que tenernos que hacer es esperar a que los muchachos encuentren el yate *Caracola*, para ir allá a preguntarles a los propietarios qué está ocurriendo.

—¿Te sorprendería mucho que el yate *Caracola* no apareciese jamás?

—La verdad es que no —musitó Brigitte—. Cabe temer que en estos momentos se halle en el fondo del mar… Y sería terrible que se hubiera llevado al abismo al presidente de los Estados Unidos. Porque una cosa es que en Estados Unidos se le haya dejado de querer tanto, y otra cosa muy distinta es que el país más poderoso del planeta deje sin réplica la muerte de su presidente.

—No, no está muerto —rechazó Uno—… Recuerda: ¿adónde van las grandes aves, qué buscan en el espacio, por qué todas tan lejos han ido? No son los versos que utilizaría alguien para anunciar muertes.

—Ojalá tengas razón. Pero… ¿adónde han ido? ¿Adónde pueden ir que sea *tan lejos*? Lejos… ¿de dónde?

—No te preocupes demasiado. La persona o personas que están

organizando todo esto cuentan contigo para algo, pues de otro modo no te habrían enviado los versos. Y si cuentan contigo para algo, tarde o temprano te informarán… de lo que ellos quieran que sepas.

—Lo cual ni a ti ni a mí nos gusta nada.

—No —sonrió secamente Número Uno—… No somos personas fáciles de manejar, así que quien lo está haciendo sólo puede ser alguien que nos conoce muy bien…, o algún insensato que no sabe verdaderamente con quién se las está viendo. ¿Qué te parece si cenamos?

La radio de bolsillo, que Brigitte había dejado sobre la mesita de noche, sonó en el silencio mágico del aislado *bungalow*. Sin encender la luz, Brigitte tomó el pequeño aparato, y admitió la llamada.

—¿Sí? —murmuró.

—Tenemos dos noticias para usted. Una es nuestra, de aquí. La otra nos ha llegado de la Central. ¿Cuál quiere escuchar primero?

—La de la Central.

—Son unos versos que llegaron allá para usted. ¿Se los llevo o se los leo?

—De momento, léalos.

—Dicen así:

YA TERMINARON EL VUELO,
YA SE POSARON LAS AVES,
ANIDAN EN BELLOS PARAJES
DONDE NO EXISTE EL RECELO.
VIVIRÁN ETERNAMENTE,
NADIE PODRÁ PERTURBARLES,
Y SIEMPRE SERÁN SUS MENTES
AJENAS A LOS MORTALES.

—¿Eso es todo? —murmuró Brigitte.

—Sí, en cuanto a los versos.

—¿Y la otra noticia?

—Hemos encontrado el yate *Caracola*.

Capítulo IV

El yate *Caracola* estaba anclado en el Nuevo Club de Yates, sujeto a uno de los amarraderos, como tantas y tantas otras embarcaciones de diferentes formas y tamaños. Aparecía exactamente igual que en las fotografías, sólo que en aquellos momentos no se veía a nadie en la cubierta. Sencillamente, estaba allí, y sus ocupantes podían estar todavía durmiendo o haber salido a dar un paseo por Acapulco. Porque allí era donde la CIA había localizado el *Caracola*, en Acapulco, concretamente en el Nuevo Club de Yates. Sin problemas, todo tranquilo, todo normal y natural. Desde la Avenida Alemany y dentro del coche, Brigitte y Número Uno contemplaban el yate, ocupando el asiento de atrás. Al volante, Simón I, que los había recogido aquella madrugada en el *bungalow* de Puerto Vallarta, los había llevado adonde esperaba un helicóptero, y luego los había trasladado hasta el embarcadero de Acapulco dentro del coche que estaba esperando donde había tomado tierra el helicóptero. Todo perfecto, cronometrado, preciso.

—¿No han observado movimiento desde que lo han encontrado? —preguntó Brigitte.

—Ninguno. Hay tres hombres vigilándolo. Les dije que no se movieran de las inmediaciones del yate, y están por aquí desde que lo encontraron y me avisaron esta madrugada. Si hubiera alguna novedad en cualquier sentido me habrían avisado. Simplemente, ahí está el yate.

Brigitte asintió, y miró a Número Uno, cuya negra mirada impenetrable permanecía fija en el yate.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó.

—Me sorprendería que Reagan estuviera todavía en ese barco…, pero todo es posible. Yo creo que si han vuelto a puerto es porque él ya no está a bordo.

—O sea, que ya ha desembarcado… o está en el fondo del mar.

—Mi impresión sobre las fotografías es que el señor Reagan no estaba a disgusto con el hombre y la mujer que aparecen con él ante la borda. Más bien se diría que departía agradablemente con ellos… Creo que le estamos dando demasiadas vueltas: vamos allá, y eso es todo.

—La prudencia nunca está de más, cuando se juega con vidas ajenas.

—Eso me parecería bien —gruñó Uno, mirándola— si también fueras prudente cuando juegas con tu vida. ¿Te gusta la idea de que sea yo quien vaya al *Caracola* a ver qué pasa?

—No.

—Entonces, vamos los dos.

Brigitte titubeó, pero terminó por asentir. Había que ser consecuente, y si ella le había pedido a Número Uno que la acompañara a México no podía decirle ahora que no interviniera. Salieron los dos del coche, y se encaminaron hacia la encantadora pasarela pintada de rojo que unía la avenida con los pasillos de los embarcaderos. Cuando llegaron ante el *Caracola* seguía sin verse a nadie en la cubierta. Apenas eran las nueve y media de la mañana.

—Me parece —comentó Brigitte— que vamos a pillar durmiendo a toda la gente del yate.

—Pues que despierten.

Pasaron a bordo de la embarcación. El día era espléndido, las aguas de la bahía refulgían en un azul intenso. Número Uno y Brigitte se miraron, y, de repente, ambos sonrieron, porque tenían muy buenos recuerdos de sus escapadas a Acapulco.

—Podríamos quedarnos aquí unos días cuando esto termine —dijo la divina—. No tenemos por qué empeñarnos en ir a Málaga o a África.

—De acuerdo.

Se adentraron en el yate. No había nadie en el saloncito, en cuyos ventanales a nivel de cubierta se reflejaba la luz solar como un incendio. Los dos espías caminaban en un silencio completo, como si ni siquiera fueran seres materiales. De pronto, oyeron un ruido muy característico por detrás de ellos, que los orientó fácilmente hacia la cocina. Cuando entraron en ésta vieron a los cuatro hombres, que a su vez se quedaron contemplándolos

estupefactos.

Dos de los hombres vestían como marinos, y era fácil comprender que eran los tripulantes del yate, o al menos parte de la tripulación. Los otros dos, también evidentemente, eran empleados de la cocina. Los dos primeros estaban sentados a una mesa, los dos segundos les servían el desayuno. El pasmo era total en los cuatro hombres.

Y en el momento en que uno de ellos abría la boca y comenzaba a ponerse en pie, Número Uno sacó su silenciosa automática, y le apuntó a la cabeza.

—Quédese sentado y en silencio —ordenó, en español.

El hombre, uno de los tripulantes, volvió a sentarse, despacio. Estaba pálido. No dijo ni pío.

—¿Hay más tripulantes o personal de servicio? —preguntó Brigitte, también en español.

—Normalmente, sí, pero ahora tienen unos días de permiso, pues en tierra no somos necesarios tantos, y nos vamos turnando.

—Este yate pertenece al señor Armando Mendoza. ¿Cierto?

—Sí, cierto. Yo soy el capitán del yate, y si me dicen…

—Nosotros llevamos la conversación, capitán —cortó secamente la agente Baby—… ¿Está el señor Mendoza a bordo?

—Sí.

—¿Y su esposa?

—También.

—¿Quién más hay a bordo?

—Nadie más.

—Pero hubo a bordo otras personas mientras navegaban entre aquí y Puerto Vallarta, ¿no es así?

El capitán del *Caracola* se veía sinceramente desconcertado.

—No hemos navegado por ahí —dijo—. Cuando llegamos el yate estaba aquí, y no nos hemos movido.

—¿Ustedes no han estado navegando con el *Caracola* estos últimos días?

—No.

—El *Caracola* estaba hace pocos días cerca de Puerto Vallarta.

El capitán parpadeó, y enseguida dijo:

—Bueno, es posible que el señor Mendoza lo tripulase él solo y estuviera por ahí. Nosotros no lo sabemos.

—¿No? ¿Cuánto hace que están ustedes en el yate?

—Llegamos toda la tripulación y el servicio hace dos días, después que el señor Mendoza nos llamara. Habíamos tenido permiso todos, y el yate estaba anclado aquí, en Acapulco. Como le digo, llegamos hace dos días, repasamos el barco, lo avituallamos, y mientras esperamos nos vamos turnando para divertirnos en Acapulco.

—Ya. ¿Y qué es lo que están esperando?

—La llegada de unos amigos de los señores Mendoza, que han sido invitados a un crucero hasta Alaska.

—¿Qué amigos?

—No lo sabemos, pero suponemos que serán los de siempre.

—¿Quiénes son esas personas de siempre?

—Bueno, pues… el matrimonio Alcántara, por ejemplo; el señor Luis María Ferrante; los señores Soto Villar… El señor Mendoza tiene muchos amigos, y de cuando en cuando los invita. Ahora hacía un tiempo que no invitaba a nadie, y hasta a nosotros nos había dado un largo permiso, pero ya volvemos a navegar, quiero decir que estamos preparados para ello. ¿Quiénes son ustedes?

—¿Disponen ustedes de armas?

—Hay un par de rifles y un par de pistolas a bordo.

—Quiero decir si llevan armas encima.

—Claro que no —gruñó el capitán—… ¿Qué demonios se han creído ustedes? ¿Y qué es lo que pretenden?

Se le había pasado el susto inicial, y el trato amable por parte de Brigitte lo había ido envalentonando, sin duda. La divina lo sacó pronto de su error:

—Permanezca tranquilo y no hable si no le pregunto, capitán, o le costará caro. Somos gente de muy malas pulgas. ¿Está esto claro? Perfecto… Entonces, veamos: ¿solamente ustedes cuatro y los señores Mendoza están en estos momentos instalados en el yate?

—Así es.

—Nos aseguraremos de ello… y será mejor para ustedes que no nos hayan mentido. Ahora, presten atención a este buen consejo: sigan desayunando y charlando de sus cosan sin salir de la cocina. Si lo hacen así, todo terminará bien. Y repito: no se engañen con nosotros. ¿De acuerdo?

Nadie contestó.

Brigitte hizo un gesto amable, y salió de la cocina, seguida de Número Uno, que comentó:

—No deberíamos perderlos de vista.

—Son unos pobres diablos.

—Eso sí —admitió el hermético espía—. Bueno, si intentan molestarnos les daremos una pequeña lección. Ve con cuidado: pueden haber mentido y haber más gente a bordo.

—Vamos, mi amor, tú sabes que no es así. Conocemos a las personas, ¿no es cierto? Todo es como ellos nos han dicho. Ahora vamos a ver qué nos dicen les Mendoza. Busquemos su camarote.

El camarote de los Mendoza era el tercero que miraron. No era demasiado grande, pero sí muy agradable y confortable. Había una cama matrimonial en el centro, iluminada por el resol que se esparcía desde las dos circulares portillas. En la cama yacían, durmiendo, un hombre y una mujer. El hombre era ligeramente regordete, muy moreno, bigotudo. La mujer era bastante más joven, morena, de boca grande y roja, sensual. Llevaba puesto uno de esos antifaces para dormir que protegen los ojos de cualquier filtración de luz… Y eso era todo lo que llevaba. Sus pechos eran sencillamente formidables, y destacaban muy morenos contra la sábana que parecía envolverla caprichosamente. Se veía su sexo, tremendamente velludo, entre sus muslos macizos y rotundos.

—Zambomba —dijo Brigitte, sonriendo.

Número Uno fue directo al armario, lo abrió, y de un vistazo comprendió que allí no iba a encontrar nada preocupante ni interesante. Tanto él como Brigitte tenían ya la absoluta certeza de que aquellas personas no representaban peligro alguno para nadie, y menos para dos aventureros como ellos.

—No comprendo nada —dijo Brigitte.

—Despiértalos y que te lo expliquen.

—Es que me da pena despertarlos. Seguro que anoche hicieron el amor, y ahora deben de estar cansados.

—Ya descansarán a la hora de la siesta.

Uno se acercó al lecho, agarró con dos dedos parte del vello sexual de la espléndida morena y dio un suave tirón. La mujer no reaccionó. Dio otro tirón, y entonces ella se movió. Número Uno tiró de nuevo. Ella suspiró, y dijo:

—Oh, no, Armando, otra vez no… ¿Qué hora es?

—Las diez de la mañana —dijo Número Uno.

La morena llamada Isabel Lucientes quedó como petrificada, tensa. Luego, de un tirón, se quitó el antifaz al mismo tiempo que se sentaba, lanzando una exclamación debido al nuevo tirón que sintió en su vello sexual. Sus ojos se desorbitaron pese a la brutalidad del impacto de la luz súbita.

—¿Qué hacen aquí? —exclamó.

—Estamos de visita, y somos agentes de la CIA —explicó con amable paciencia Brigitte.

—¿De… de la…? ¡Oh, Dios mío!

Brigitte y Uno cambiaron una mirada de resignación. Estaban adquiriendo la certeza de que algo no iba a ser fácil y ni siquiera lógico en aquel yate. Eran muchos años de experiencias para que aquella… sensación les pasara por alto.

—¿Qué le pasa? —murmuró Brigitte—. ¿Qué teme usted de la CIA?

—¿Yo…? ¡Nada! Pe-pero…

—Tranquilícese. Solamente hemos venido a preguntarles por el paradero del señor Reagan. Ya sabe: Ronald Reagan, el presidente de los Estados Unidos.

La muy morena, apetecible, suntuosa y hasta simpática Isabel Lucientes, señora de Armando Mendoza, estaba sencillamente atónita, su gesto era incluso bobalicón, no entendía nada de lo que Brigitte decía, esto estaba clarísimo para los dos espías.

—¿De quién? —murmuró por fin.

Brigitte ni siquiera contestó. ¿Para qué? Se acercó más a la cama, asió una de las guías del bigote de Amando Mendoza y tiró de él repetidamente. Mendoza gruñó, farfulló, se agitó, maldijo algo… De repente abrió los ojos…, y se quedó mirando el rostro de Brigitte, inclinado sobre él.

—Buenos días, señor Mendoza.

El mejicano parpadeó, y de pronto se sentó de un salto. Vio entonces a Número Uno, respingó, y aulló:

—¿Quiénes son ustedes, qué quieren…?

—Por favor —se fastidió Brigitte—, no termine preguntando que cómo hemos podido entrar aquí. Lo único que queremos de ustedes es que nos expliquen el significado de estas fotografías.

Y Brigitte tiró sobre la cama el sobre que las contenía.

—No lo comprendo —dijo una vez más Armando Mendoza—… ¡No consigo comprenderlo, se lo juro!

—Yo tampoco —aseguró también una vez más Leonor—… En este yate no ha estado jamás el presidente de los Estados Unidos.

Brigitte y Uno los miraban ya sin alterarse, inexpresivos. Los Mendoza se habían vestido, y ahora estaban los cuatro en el salón, tomando café que les servía uno de los cocineros, mientras el otro seguía preparando desayunos. El capitán del yate y su piloto permanecían, ya vestidos impecablemente, de pie en un lado del salón.

—Póngase en nuestro lugar, señor Mendoza —dijo Brigitte—… Ya ha visto las fotografías. ¿Qué pensaría usted viendo esas fotografías? Si usted y su esposa no estuvieran en ellas con el señor Reagan, nosotros podríamos pensar que en algún momento alguien se había apoderado de este yate para hacer viajes y reuniones en él sin que ustedes lo supieran. Pero las fotografías son auténticas, ustedes son auténticos, el señor Reagan es auténtico, el yate es el *Caracola* sin la menor duda, y las fotografías fueron tomadas hace una semana, es decir, no cuando ustedes permanecían en Ciudad México, sino cuando ya estaban aquí, en Acapulco, esperando la llegada de su tripulación y servicio. Cielos, ustedes están mintiendo, simplemente. ¿Qué pretenden con eso? ¿Encolerizarnos?

—¡No estarnos mintiendo! ¡Ya les hemos dicho que no hemos visto jamás en persona al señor Reagan! ¡Él nunca ha estado en este barco!

—Si no nos dan una explicación razonable —dijo Número Uno— la cosa va a terminar muy mal para todos ustedes. Secuestrar al presidente de los Estados Unidos no es ninguna broma.

—Pero es que nosotros no… no hemos hecho semejante cosa… ¡Estas fotografías están trucadas!

—¿Con qué objeto? —inquirió pacientemente Brigitte.

—¡Ustedes sabrán!

—Nosotros sabemos una cosa con toda certeza —intervino de nuevo Número Uno, fríamente—: ustedes aparecen junto al señor Reagan en la borda de su yate, y, o nos explican eso de una vez, o las contemplaciones se habrán terminado.

—¿Que… qué quiere decir? —tartamudeó Isabel.

—Mi compañero quiere decir que estamos aburridos de esta

situación, y que para librarnos de ella somos capaces de todo: desde cortarles el cuello a todos a incendiar el barco con ustedes dentro. Y esto tampoco es una broma.

Los Mendoza se miraron, y, por primera vez, Brigitte y Número Uno captaron algo especial, que los alertó. Armando Mendoza murmuró:

—¿Podemos quedarnos a solas los cuatro?

—Desde luego.

Los empleados del yate fueron enviados a la cocina. Los Mendoza volvieron a mirarse, y fue ella la que dijo, de pronto:

—Estábamos pasando un mal momento de dinero, así que aceptamos.

—Aceptaron… ¿el qué?

—Alquilar el yate. Con ese dinero no hemos resuelto la situación tan difícil que estamos atravesando, pero hemos tenido el suficiente para hacer unos pagos opresivos de ciertos intereses y para invitar a unos amigos a hacer un crucero…, esto último a fin de dar la sensación de que las cosas nos van bien, y que nuestras dificultades son calumnias… Con ese dinero hemos conseguido un respiro suficiente hasta que se realice cierto negocio que volverá a sacarnos a flote.

—Comprendido —asintió Brigitte—. Ustedes necesitaban cierta cantidad, y alguien se la ofreció a cambio de alquilarle el yate. Eso tiene sentido. Ahora, dígannos quién es esa persona.

—No lo sabemos. No sabemos su nombre. ¡Y le juro que el presidente de Estados Unidos no ha estado NUNCA en este barco! No comprendemos lo de esas fotografías… ¡Es para volverse loco!

—Tranquilícese. ¿Ustedes alquilaron el yate y esperaron en tierra firme a que se lo devolvieran?

—¡Eso es lo demencial! ¡Nosotros hemos estado en el yate prácticamente todo el tiempo desde hace más de diez días! Precisamente, la persona que lo alquiló quería que permaneciésemos a bordo… ¡Le digo que el señor Reagan nunca ha estado a bordo!

—Señor Mendoza: ustedes dos están con el señor Reagan en las fotografías.

—¡Pues no lo entiendo, porque él no ha estado a bordo!

—Entonces… ¿quién estuvo a bordo?

—Nadie. Solamente la persona que nos alquiló el yate.

—Y cuyo nombre desconocen. Pero veamos: ¿cómo era esa persona? ¿Nos la pueden describir?

—Oh, sí —exclamó Isabel—... Era un hombre... muy atractivo, alto y con...

—¡Pero qué dices...! —aulló Armando—. ¡Isa, déjate de tonterías, que esta gente son capaces de todo, ya los has oído...!

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió Isabel.

—¡Diles la verdad, por Dios!

—Pero si se la estoy diciendo —protestó la morena—. Era un hombre muy atractivo...

—¡Era un renacuajo!

—¿Qué?

—Maldita sea, era un sujeto menudo, delgado, con cara de hambre. ¡Si no me hubiera dado el dinero en efectivo, en billetes norteamericanos, nunca le habría escuchado! ¡Qué demonios de atractivo...! Era más feo que una patada en el vientre. Desde luego, hablaba muy bien el español, pero...

—¡Armando! ¡Estuvimos hablando en inglés con él!

—Vaya, mujer, no digas tonterías...

—¡Yo no digo tonterías! ¡Ni digo mentiras ahora! Era un hombre encantador, de unos treinta años, que hablaba en inglés.

—Era un sujeto de casi sesenta años, feo, y hablaba español —dijo Armando Mendoza.

—¡Pero cómo puedes decir...!

—Cállense los dos —dijo de pronto Brigitte.

—¡Señorita, le aseguro que...!

—¡He dicho que se callen los dos!

Los Mendoza permanecieron en silencio, mientras Número Uno miraba sorprendido a Brigitte, cuya alteración era visible, y en verdad muy poco usual en ella.

—Vamos a ver —dijo Brigitte, inmediatamente recuperada—... Ustedes alquilaron el yate a esa persona, se fueron con él y con nadie más a pasar unos días navegando, volvieron aquí, él se fue, y ustedes se quedaron esperando a su tripulación y a sus amigos de siempre para hacer un crucero a Alaska. No tuvieron visitas en el yate, ni han vuelto a ver al hombre que lo alquiló, ni saben su nombre. ¿Correcto?

—Sí —asintió Mendoza—…, así fue.

—De acuerdo —se puso en pie la espía—. Gracias por todo, y sentimos mucho haberles molestado. Espero que nos perdonen el susto.

—Sí, claro —los Mendoza se habían puesto en pie también, y lo mismo hizo Número Uno—… Vaya, la verdad es que el susto ha sido de los buenos, pero si todo está bien…

—Todo está bien —aseguró Brigitte—. Vamos a dejar de molestarles inmediatamente, pero antes quisiera pedirles un último favor: no comenten lo que ha sucedido aquí absolutamente con nadie. ¿Podemos contar con ello?

—Sí… Desde luego, sí.

Los Mendoza estaban desconcertados a más no poder, pero su alivio era todavía mayor que su desconcierto, así que aceptaron sin más complicaciones el brusco giro de la situación. Número Uno había recuperado su impasibilidad, y cuando Brigitte se dirigió hacia la cubierta del yate, simplemente la siguió.

Y ni siquiera tuvo que preguntar nada, porque nada más llegar a cubierta, donde los Mendoza no podían oírla, Brigitte dijo:

—Él ha vuelto.

—¿Quién?

—Yogui. Parece que, en efecto, es inmortal…

—¿Te refieres al tipo aquel del asunto de la Ciudad del Vaticano? **[2]**

—Naturalmente. Él me dijo que volvería, y…

No podía ser de otro modo.

Brigitte vio el reflejo del sol en la pulida superficie del cañón de un arma, posiblemente un rifle; mas no lo vio por casualidad, sino porque desde el mismo momento de aparecer en cubierta su mirada se había movido vivamente hacia todos lados, captando muy oportunamente la presencia de aquella arma de fuego.

Y su reacción fue oportuna y veloz, abrazándose a Número Uno y arrastrándolo con ella a la cubierta del yate. Por encina de ellos se oyó el seco crujido de una bala, y casi simultáneamente, otra más. Ambas impactaron en la cabina del yate, arrancando pulverizadas esquirlas de plástico.

Capítulo V

En un instante, la pistola de Número Uno ya estaba en la mano del espía, pero Brigitte le retuvo sujetándolo por la muñeca y exclamando:

—¡No! ¡Espera!

Otras dos balas llegaron, más bajas, mientras Brigitte y Número Uno rodaban por la cubierta buscando la protección del casco. En el momento en que Brigitte conseguía sacar su radio y apretar el resorte de llamada se oían otros dos crujidos de las balas contra el yate…

—¡Simón! —llamó Baby—. ¿Me está oyendo, Simón?

—¡No se preocupe! —gritó el agente de la CIA—. ¡Los hemos visto, son dos sujetos que están en la caja de un camión, los vamos a…!

—¡No los maten! —ordenó Brigitte.

La orden de la espía llegó un par de segundos tarde. En realidad, cuando la dio, los dos hombres que les estaban disparando a ella y a Número Uno con sendos rifles ya estaban muertos. Era lógico.

Cerca de allí, vigilando el *Caracola*, habían permanecido apostados tres agentes de la CIA, esperando órdenes de su adorada Baby, la cual estaba dentro del yate. La habían visto salir, habían visto cómo cerca de ella se producían los impactos de unos balazos, y, enseguida, habían localizado a dos hombres de pie en la caja de un camión manejando sus rifles, disparando con ellos hacia el yate *Caracola*… Dos hombres que sólo vivieron el tiempo que los agentes de la CIA tardaron en desenfundar sus armas y disparar contra ellos, sin ninguna consideración.

Ni Brigitte ni Número Uno pudieron ver el espectáculo: los rostros de los dos hombres se convirtieron en manchurrones de sangre, pareció que sus cabezas explotasen, y sus cuerpos,

brutalmente sacudidos, fueron derribados en la caja del camión, desapareciendo así de la vista de los agentes de la CIA.

El camión, que había estado detenido, se puso en marcha.

—¡Baby! —gritó Simón—. ¿Está bien?

—¡Estoy bien! ¿Qué ha ocurrido?

—¡Los muchachos se han cargado a dos sujetos que disparaban con rifles! ¡Pero el camión se va…! ¡Vamos tras él!

—¡No maten a nadie más, si es posible!

Cerró la radio, se dispuso a ponerse en pie, y lanzó una exclamación cuando Número Uno la sujetó con tal fuerza que casi le hizo daño.

—Tranquila —gruñó Uno—: yo echaré un vistazo.

Se asomó cautelosamente por la borda, listo para disparar, pues no habría sido nada sorprendente que en el lugar hubiera habido más hombres armados dispuestos a acribillar a la agente Baby. Pero, al parecer, no era así, y Número Uno pudo dedicar su atención al camión que circulaba rápidamente alejándose de allí. Brigitte apareció junto a él, al parecer irritada por la actitud protectora de Uno, pero no tuvo tiempo de decir nada; es decir, toda su atención se concentró en la escena de la avenida…

Delante del camión había aparecido un automóvil, cortándole el paso. El camión giró a la derecha, tan bruscamente que volcó, dio una vuelta de costado sobre sí mismo, y fue a estrellarse contra dos coches estacionados en aquel lado. De la caja del camión saltaron, como muñecos rotos, los cuerpos ensangrentados de dos hombres, que rebotaron de un modo tétrico, horripilante, en el asfalto… Justo delante de ellos se detuvo con seco frenazo otro automóvil, que había aparecido persiguiendo al camión… de cuya cabina salía en aquel momento un hombre, tambaleándose y con el rostro lleno de sangre.

Delante de este hombre apareció Simón, apuntándole con su pistola y gritando:

—¡Venga aquí, pronto!

El hombre se detuvo, se irguió, y de pronto metió la mano en la cintura, sin duda en busca de su arma… Brigitte y Número Uno vieron perfectamente el fogonazo de la pistola de Simón, y oyeron el grito del hombre, que giró como una peonza y cayó de bruces, de cara al otro coche de la CIA. Los tres ocupantes de éste habían

saltado a tierra, y corrían hacia el grupo un tanto disperso formado por los dos hombres primeramente muertos, y el tercero, el que había conducido el camión, y que sólo estaba herido, pues tras partirse dos dientes contra el suelo giró, se sentó, y buscó con mirada enloquecida su pistola…

Simón llegó ante él, y lo puso fuera de combate de un escalofriante puntapié al estómago. Le gritó algo a sus compañeros, y uno de éstos corrió hacia su automóvil, mientras Simón agarraba por la ropa del cuello al conductor del camión y lo arrastraba hacia su coche.

El depósito de combustible del camión explotó, produciendo un estampido sordo y ardiente. La avenida parecía una jaula de locos… Gente que inicialmente había querido acercarse a ver qué ocurría corría ahora enloquecida, alejándose de allí. Explotó el depósito de uno de los coches afectados por el impacto del volcado camión, y el desbarajuste aumentó. La gente ni se percataba siquiera de que, entre las densas nubes de humo negro, tres hombres eran cargados en dos automóviles…

—Oh, Dios mío —sonó la voz alterada detrás de Brigitte y Uno.

Ambos se volvieron, vieron a los Mendoza contemplando con expresión desorbitada el caos reinante en la avenida, y enseguida se miraron entre sí.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Brigitte.

Cuando comenzaron a descender por la pasarela del yate el coche de Simón se ponía en marcha. Detrás de él, casi enseguida, partió el otro automóvil, ocupado por tres agentes de la CIA y dos cadáveres.

Dejando tras ellos una escena caótica, Brigitte y Uno se apresuraron también a desaparecer de escena. Lo único que les interesaba en aquellos momentos era llamar de nuevo por la radio a Simón para saber dónde debían encontrarse de nuevo con él.

El lugar era una vieja casa en las afueras de Saucitos, localidad situada a unos cuarenta kilómetros al sur de Acapulco, siguiendo la carretera costanera. Era un lugar áspero y poco transitado, lo que lo convertía en ideal para aquella clase de actividades poco… normales.

Brigitte y Uno llegaron cerca de las cuatro de la tarde, tras ser recogidos por uno de los agentes de la CIA con el automóvil en el

que por la mañana habían sido transportados los dos cadáveres. Los dos espías se habían dedicado a pasear por Acapulco, y almorzar allí, mientras Simón y los otros tres buscaban el lugar adecuado, limpiaban los coches, y finalmente llamaban a Baby para advertirle que todo estaba listo, y que podían pasar a recogerla donde ella quisiera.

Hecho esto, Uno y ella entraron en la casa. En un lado de la vetusta sala estaban los dos cadáveres, tapados con una vieja manta. Sentado en un sillón polvoriento estaba el conductor del camión, con la cabeza vendada y el rostro tan pálido que parecía también un cadáver. Sus negros ojos contemplaron con acrecentado temor la aparición de Brigitte y Uno.

Baby preguntó:

—¿Qué ha dicho?

—Es una clásica jugada —explicó Simón—: alguien le pagó a él para que contratara a alguien. De modo que buscó a dos sujetos amigos suyos, y les dijo que había que matar a una mujer que aparecería tarde o temprano en el yate *Caracola*. Una vez muerta la mujer, él debía llevarse de allí a los dos hombres, eliminarlos, y abandonar México. Su punto de destino era Santa María, en las islas Azores… Lo tiene todo preparado: pasaporte, pasaje de avión… Todo. Allá, en las Azores, le estarían esperando, para pagarle la segunda mitad del precio acordado por su trabajo, y, al parecer, incorporarlo a un grupo de gente que está haciendo trabajos en los que él podría encajar, y seguir ganando buen dinero.

—O sea, que lo están esperando en el aeropuerto de Santa María.

—Sí.

—¿Quién le contrató? —inquirió Uno.

Simón se quedó mirando a Número Uno, volvió la mirada hacia Brigitte, hizo un gesto de resignación, y masculló:

—Él dice que le contrató el presidente de los Estados Unidos, el señor Reagan. Está convencido de que va a ser incorporado a una red de subversión de altísimo nivel. ¡Maldita sea, o está loco o pretende tomarnos el pelo!

—Ni una cosa ni otra —dijo Brigitte—: estoy segura de que, en efecto, le contrató el señor Reagan.

—¿Qué?

—Olvídelo.

Brigitte se acercó a Número Uno, que había tomado el pasaporte del conductor del camión y lo estaba examinando. El hombre se llamaba Cedrick Palmer, tenía treinta y ocho años, era natural de Norfolk, Nebraska, Estados Unidos de América. El pasaje de avión era abierto, es decir, que podía acomodarse a la primera fecha disponible y deseada por el pasajero. Las documentaciones de los otros dos hombres, los difuntos, indicaban que ambos eran mejicanos. Punto. Estaba clarísimo que tanto los dos mejicanos como el norteamericano eran pájaros de cuenta.

Brigitte le tendió a Simón el pasaporte a nombre de Cedrick Palmer.

—¿Cuánto tardaríamos en cambiarle la fotografía a este pasaporte?

—No menos de veinticuatro horas, porque tendríamos que recurrir a nuestro personal especializado en Ciudad México.

—Estupendo —sonrió Baby—. Precisamente, Número Uno y yo tenemos que ir a Ciudad México cuanto antes.

—No hace falta. Puedo encargarme de…

—Es que no tenemos más remedio que ir, Simón, para tomar allí un vuelo en dirección a París… con escala en las islas Azores.

Simón quedó un instante desconcertado.

Luego, lanzó una exclamación:

—¡No me diga, que Número Uno va a ocupar el puesto de este sujeto! ¡Demonios, cómo me gustaría ver eso…!

—Me parece que no podrá verlo —casi rió Brigitte—… Pero si volvemos a vernos le explicaré cómo fueron las cosas. Gracias por todo, Simón. Y a ustedes también, muchachos. Si alguna vez puedo hacer algo por ustedes no dejen de enviarme aviso a la Central. Y ahora… ¿cómo nos trasladamos Uno y yo a Ciudad México?

Cuarenta y ocho horas más tarde, los dos sujetos que esperaban en la cafetería del aeropuerto de Santa María, en las Azores, se miraban uno a otro, atónitos, al escuchar el último mensaje impartido por los altavoces:

—El señor Palmer acaba de llegar a Santa María y espera a sus amigos en la oficina de Airlines. El señor Palmer acaba…

—¿Cómo que acaba de llegar? —Gruñó uno de los sorprendidos sujetos—. ¡Hemos estado viendo a los pasajeros de ese vuelo, y

ninguno era él!

—Puede que se nos haya pasado por alto —dijo el otro—.

—Claro que no.

—Pues lo cierto es que ha llegado. Vamos allá.

Se dirigieron los dos tocia la oficina de la Transworld, y, todavía a cierta distancia de la ventanilla, divisaron al sujeto que esperaba a pocos pasos. Junto a él había una maleta y un maletín de viaje. Era un sujeto de más de metro ochenta, de ojos negros, nariz aguileña, cabellos color cobre. Un atleta delgado, todo fibra.

—Ése no es Palmer —susurró uno.

—Pues no veo a ningún otro sujeto esperando ahí.

El sujeto de los ojos negros les estaba mirando con una inexpresividad digna de una estatua; no hacía falta ser ni una pizca de listo para comprender que era un personaje de mucho cuidado.

—Vamos a ver qué dice —murmuró el mismo de antes.

Se acercaron los dos al hombre, que seguía contemplándolos inexpresivamente. Ni siquiera reaccionó cuando los dos se plantaron ante él, y el más conversador de ambos inquirió.

—¿Palmer?

—Si —dijo el desconocido.

—Yo soy Gunther, y éste es Pierre. Te estábamos esperando desde hace dos días.

—Pues ya estoy aquí.

—Bien. Vamos al coche.

Palmer asintió, cargó con su equipaje, y caminó flanqueado por los dos sujetos. Salieron al estacionamiento, y al poco ocupaban un coche, tras cargar en el maletero el equipaje de Palmer. Pierre se puso el volante, y sacó el coche del aeropuerto en un par de minutos.

En el asiento de atrás iban Palmer y Gunther, silenciosos ambos. Palmer contemplaba como satisfecho el paisaje luminoso, casi cegador. Contra el azul del cielo se recortaron brevemente algunas gaviotas que iban tierra adentro de la isla.

—No eres muy hablador —comentó Gunther.

Palmer le miró, y eso fue todo.

Pierre sacó el coche de la carretera, por un estrecho camino, áspero y con escasa vegetación. Gunther metió la mano bajo la chaqueta, como quien se dispone a sacar cigarrillos, pero lo que

sacó fue una pistola, con la que apuntó a Palmer a la cabeza.

—Para, Pierre.

Éste obedeció, sacó también una pistola, y se volvió, sonriente, apuntando con el arma a Palmer.

—Sería mejor para ti que no fueses Palmer, ¿sabes? Es que estamos esperando a Palmer para matarlo.

—Nadie vive eternamente.

—Muy filosófico nos has salido. ¿No te importa morir?

—Prefiero vivir.

—Bueno, quizá podríamos llegar a un acuerdo si fueses razonable. Nosotros sabemos que no eres Palmer. ¿Por qué no nos explicas de qué va el juego y quizás entonces pensemos que no vale la pena matarte?

—Si os digo de qué va el juego no os va a gustar.

—Nos esforzaremos en soportar el disgusto —dijo Gunther, con evidente sarcasmo—… Tú danos tu versión, y deja que nosotros tomemos las últimas decisiones.

—De acuerdo. El verdadero Cedrick Palmer está en Méjico, prisionero de la CIA, y yo he ocupado su lugar para rastrearos a vosotros, es decir, a quienes debían recibirlo aquí, matarlo, y luego, a su vez, ser eliminados cuando hubierais cumplido vuestra parte.

—¿Qué? —exclamó Pierre.

—Ya os he dicho que no os gustaría; cuando vayáis a decir que ya habéis matado a Palmer os matarán. Y no debería sorprenderos tanto, pues es un viejo truco del que sin duda habréis oído hablar, y que suele utilizarse para cortar pistas. Lo que ocurre es que los que van a ser eliminados siempre creen que a ellos no les van a hacer eso, que ellos sí pueden hacérselo a otros, pero que nadie va a pretender desembarazarse de ellos. Es una manera como otra cualquiera de hacer el tonto… antes de morir.

—No tenemos por qué creerte a ti —dijo Gunther.

—Pues no me creáis —encogió los hombros el falso Palmer.

—Te vamos a matar —dijo Pierre.

Palmer le dirigió una mirada de conmiseración.

—¿Y quién os ha contratado para ello? ¿El presidente de los Estados Unidos, el señor Mitterrand, tal vez la señora Tatcher…?

Los dos asesinos profesionales lanzaron una exclamación profunda de asombro al escuchar este último nombre, y Gunther

gimió:

—¡¿Cómo sabes eso?!

—Era de esperar. Al verdadero Palmer lo contrató nada menos que el presidente de los Estados Unidos, el señor Reagan, así que… ¿por qué no podía haberos contratado también a vosotros, o haberlo hecho en su lugar la señora Tatcher, o cualquier otro gran personaje político? La broma está en que quien os contrató no era la señora Tatcher.

—¡Ya lo creo que era ella! —exclamó Gunther—. Y nos prometió…

—No era ella —le interrumpió secamente Palmer—; era Yogui.

—¿Quién? —Se pasmó Pierre.

—Un extraño personaje que está tramando algo muy especial, pero que antes de ponerlo definitivamente en práctica ha querido eliminar a la agente Baby de la CIA, o cuando menos ponerla fuera de la circulación, pues ya tuvo una dura experiencia la vez anterior que se enfrentó a ella. En realidad, si lo pienso detenidamente, tengo que llegar, como ya llegó ella, a la conclusión de que Yogui no ha pretendido en ningún momento matarla, sino ir atrayéndola hacia él, y para ello ha estado utilizando diversos trucos y manipulando personajillos como vosotros, y hasta otros que, al ser más ingenuos, han sido más fáciles de manejar. Por ejemplo, el pescador Ruipérez… ¿Conocéis a Agapito Ruipérez?

—No —pudo alentar apenas Gunther.

—Es un pescador mejicano, que se gana la vida alquilando una lancha en Bahía de Banderas, con base en Puerto Vallarta. Él cree que fue la casualidad la que le hizo tropezarse con el yate *Caracola*, en cuya borda pudo ver nada menos que a Ronald Reagan, presidente de los Estados Unidos de América, peno no fue la casualidad, sino las manipulaciones de Yogui, que obligó al matrimonio Mendoza a navegar cerca del pescador, y provocó así las fotografías que él deseaba poner en circulación con la certeza de que no tardarían en llegar a manos de la CIA. Pero fijaros bien: el matrimonio Mendoza, que fue quien alquiló el yate *Caracola* a Yogui, están en desacuerdo respecto a éste: ella dice que la persona que les alquiló el yate es un sujeto encantador, de unos treinta años, que habla inglés, y él dice que era un renacuajo raquítico que hablaba español. Al mismo tiempo, aseguran que el señor Reagan

jamás estuvo en el *Caracola*… y están equivocados: el señor Reagan estuvo en el *Caracola*, con ellos, efectuando una de las etapas del largo viaje que le ha llevado a no sabemos qué destino. Pero ellos no vieron al señor Reagan, sino a quien Yogui quiso que vieran…, es decir, ella a un hombre alto y joven y él a un sujeto bajito. Pero el presidente de los Estados Unidos estuvo en el yate, y posiblemente estuvieron también otras personas que, como él, fueron trasladadas a otro vehículo que los transportó a la siguiente escala, o quizás a su destino definitivo. La fotografía de Ruipérez no miente, y Yogui sabía que la CIA y por tanto Baby encontrarían a Ruipérez y recogerían la pista… Una pista que él *quiere* que Baby tenga, para que ella, por sus propios medios, vaya viajando hasta llegar al sitio que él quiere que llegue, lo cual es más fácil para él que intentar secuestrarla. Porque eso es lo que quiere, secuestrarla, no matarla. Por eso, tanto Cedrick Palmer como los hombres que debía contratar eran de quinta categoría, unos palurdos inútiles que jamás podrían matar a Baby, pero que con su actuación continuarían convenciéndola a ella de que era muy lista y que iba consiguiendo pistas, eliminando uno tras otro a los enemigos que pretendían matarla…, y que no era así, insisto, pues Yogui sabe perfectamente que gente como vosotros de ninguna manera podría matar a Baby, vamos, ni estando ella dormida, pues no sois más que unos desgraciados…

—La madre que te parió —jadeó Gunther lívido…

—¡O estás loco o nos estás tomando el pelo! ¡No hemos entendido nada de nada!

—Y en cuanto a eso de llamarnos desgraciados… —masculló Pierre, acercando más su pistola al rostro del falso Palmer.

—¿Queréis que os diga cómo ha planeado Yogui que se desarrolle esta parte de su plan?

—Lo único que queremos es terminar contigo antes de que nos mates tú de un dolor de cabeza —aseguró Pierre.

—Déjale que hable —masculló Gunther—… Cuanto más hable, quizá tengamos más posibilidades de entender algo. A ver, ¿cuál es esta parte del plan de este Yogui que no conocemos?

—Lo conocéis, sólo que para vosotros él es la señora Tatcher, pues quiso que le vierais bajo ese aspecto… Está bien, tranquilos, ya veo que no sois capaces de comprenderlo, que ni siquiera podéis

admitir la idea de que vuestras mentes sean manipuladas, de que os hagan ver alucinaciones… Escuchad la parte del plan que estáis realizando vosotros. En esta parte podían ocurrir dos cosas. Una, que quien llegase fuese el verdadero Palmer, al que Baby habría dejado llegar hasta aquí ya fuese con alguna argucia, o bien llegando a un acuerdo con el propio Palmer; en este caso, vosotros recibíais a Palmer, lo matabais, y ella continuaba la pista hacia Yogui al capturaros a vosotros. Dos, que no fuese el verdadero Palmer, sino alguien que lo suplantase, por supuesto un buen amigo de la agente Baby; en este caso, vosotros, al oír que Palmer había llegado acudiríais a recogerlo, y al ver que no es él, pues os lo habían descrito o quizás incluso os habían proporcionado alguna fotografía suya, lo mataseis o lo capturaseis para pedir explicaciones… En ambos casos, ciertamente, también Baby recuperaba la pista al capturaros a vosotros y de este modo, en efecto, Baby se iría acercando cada vez más al último cepo donde Yogui quiere meterla para hacerse con ella. Porque decidme una cosa: ¿verdad que vosotros tenéis alguna pista que pueda ser de utilidad a Baby? ¿Verdad que después de matar a Palmer teníais que ir a determinado sitio donde os están esperando para daros más dinero y cumplir seguramente alguna otra oferta más, muy fabulosa?

—¿Cómo sabes eso?

—Sois un par de cretinos —dijo secamente Palmer—. Pero haremos un trato con vosotros: decidme a donde tenéis que ir, yo os pongo en manos de la CIA, y cuando el asunto haya terminado os dejarán marchar, sin tan siquiera haberos tocado un pelo. ¿De acuerdo?

—¡Tienes que estar loco por fuerza! —jadeó Gunther.

—No queréis comprenderlo, ¿verdad? Todo está montado de modo que Baby pueda seguir rastreando a Yogui. ¿Por qué no aceptáis mis explicaciones y mi oferta en lugar de complicar las cosas de modo que lo pasaréis muy mal? Si Baby y yo nos vemos obligados a maltrataros será mucho peor…

—¿Y tú quién demonios eres, eh? ¿Quién mierda eres tú?

—Soy Número Uno.

—Y yo soy Baby —sonó la voz femenina junto a Pierre.

La actuación de los dos espías fue perfecta, fruto de lógicos

cálculos y de la suficiente sangre fría para sacar partido de ellos. Pierre respingó y quiso mirar hacia el hueco de la ventanilla, con lo que dejó de apuntar a Número Uno; Gunther también se sobresaltó, y su mirada fue hacia la ventanilla… Inmediatamente, la mano izquierda de Número Uno le agarró la muñeca derecha, y apartó la mano de modo que si se producía algún disparo no le alcanzaría; al mismo tiempo, y justo cuando Palmer terminaba el giro para mirar y apuntar con su arma al exterior, recibía en plena frente el tremendo golpe propinado por Baby con la pistolita de cachas de madreperla. Pierre tuvo la sensación de que dentro de su cabeza estallaba una bomba, y cayó retorcido hacia el asiento del otro lado. Gunther intentó liberar su mano de la presa que ejercía Número Uno, pero, al mismo tiempo que comprendía que jamás podría conseguirlo, veía el bellísimo rostro de la rubia apareciendo en la ventanilla, por encima de la pistola que le apuntó directo al rostro. Y casi en el acto, recibió en la barbilla el impacto del puño derecho de Número Uno, que le produjo la horrorosa sensación de que todos sus huesos acababan de ser machacados. Por suerte para él, se desvaneció cuando esa horrorosa sensación apenas se había iniciado.

Capítulo VI

Todavía faltaban dos horas para el amanecer cuando la avioneta convertible llegaba a la Isla de Madeira, que rodeó por su parte oeste y que recorrió luego por su parte sur hasta divisar la iluminación de la dormida ciudad-jardín de Funchal.

La avioneta la tripulaban dos hombres por turnos. El que descansaba era el encargado de atender la radio, lo cual hizo en aquel momento, sosteniendo una breve conversación con otro hombre, en inglés. Luego, abandonó su asiento, y fue hacia la zona de pasajeros, que contenía ocho asientos… Sólo dos de éstos se hallaban ocupados, por un hombre y una mujer, ambos dormidos. El tripulante de la avioneta apenas rozó a uno y otra levemente en un hombro, y ambos despertaron y se quedaron mirándolo.

—Estamos llegando —sonrió el tripulante— y nos esperan. Podrán desembarcar dentro de cinco minutos.

—Gracias, Simón —murmuró Brigitte Montfort.

Número Uno se limitó a asentir con un gesto. Los dos miraron hacia la ventanilla del lado derecho, y luego se miraron entre sí. Brigitte se acercó a Número Uno, y le besó en los labios.

—Buenos días, mí amor.

—No me gusta nada tu plan —masculló él.

—Lo sé, pero ya lo discutimos en las Azores, y quedó convenido.

Número Uno frunció el ceño, y no contestó. La avioneta descendía suavemente, mientras su tren de aterrizaje se convertía en unos flotadores para amerizar. Brigitte Montfort abrió su maletín, sacó la peluca rubia, y se la puso. A continuación se colocó las lentillas de contacto de tono verdoso, tras lo cual suspiró resignada: cada día aborrecía más tener que ponerse postizos, y, especialmente las lentillas, que comenzaban ya a ocasionarle molestias en los ojos…

La avioneta convertida en hidroavión amerizó, y se fue

deslizando siempre hacia el sur de la isla, alejándose de ésta. Finalmente, terminada incluso la última inercia del deslizamiento, se detuvo, quedando flotando sobre las negras aguas. La «ciudad florida», Funchal, era sólo una manchita de luz hacia el norte. El mar palpitaba con suaves ondulaciones. Todas las luces de la avioneta, excepto una roja para indicar su posición, habían sido apagadas.

—Es impresionante —susurró Brigitte.

—¿El qué?

—El mar… Esta oscuridad, este… poder sobrecogedor…

—Creí que amabas el mar.

—Lo amo. Y también te amo a ti. Pero no por ello dejo de ver las cosas como son: el mar es impresionante y tenebroso y tú eres antipático. Las realidades hay que aceptarlas.

Número Uno titubeó, al parecer todavía enfadado. Pero de pronto tomó el rostro de Brigitte entre sus manos, y la besó en la boca, despacio y profundamente. No le gustaba separarse de ella, ni que corriese riesgos, pero las cosas hay que aceptarlas como vienen y afrontarlas del mejor modo posible. El plan de Brigitte, tras haber sido discutido, se había pensado como mejor que el suyo. Punto.

Todavía se estaban besando cuando comenzó a oírse el rumor del motor de una embarcación. Ya habían dejado de besarse cuando comenzaron a divisar la lancha que se acercaba al aparato… Brigitte y Uno se despidieron de los dos agentes de la CIA que los habían transportado desde las Azores a las Madeira, y pasaron a la lancha, que se había colocado junto a la avioneta-hidroavión, la cual se alejó para despegar seguidamente. Un hombre condujo a Brigitte y Uno al interior de la lancha, donde esperaba otro hombre, con café caliente y bocadillos.

—Él es Simón-Funchal —dijo el que había recibido a bordo a los dos espías—. El hombre que pilota la lancha supongo que lo llamarán Simón a secas. A mí pueden llamarme Simón-Conexión, pues he sido quien ha coordinado toda la operación de traslado y la localización del pesquero *Garboso*.

—O sea, que efectivamente existe ese pesquero —dijo Baby—. No nos mintieron Gunther y Pierre.

—¿Cómo se iban a atrever a mentirnos? —se sorprendió Uno—. Sabían perfectamente que podíamos hacerlos trizas en cuanto

quisiéramos. Ese par de tontos todavía deben de estar maravillados de conservar la vida.

—Seguramente —asintió Brigitte—… Bien, nos dijeron que tenían que trasladarse a Funchal después de matar a Palmer y presentarse en el pesquero llamado *Garboso,* surto en el puerto. Y efectivamente, existe ese pesquero… ¿Qué sabemos de él?

—Es portugués, pertenece a una conocida firma naviera y lo tienen arrendado a una pequeña sociedad pesquera. Su capitán es un tal João Alves, un hombre bronco y fuerte que bebe vino de la isla como si fuese agua. El barco está ahora en reparación… Bueno, no sé cómo se llama eso, creo que lo están carenando, y pintando, poniéndole parches… Parece que va a quedar como nuevo.

—Es decir, que hace tiempo que no navega.

—Bastante. Simplemente, está en el dique. No hemos podido tomar fotografías que valgan la pena, porque ya anochecía cuando recibimos sus instrucciones, y hemos estado haciendo de noche todo el trabajo.

Número Uno y Brigitte echaron un vistazo a las fotografías tomadas evidentemente de noche y con teleobjetivo. Un pesquero en reparación, eso era todo. Debía de tener unos cuarenta metros de eslora. No era ninguna maravilla.

—¿Han observado algún movimiento sospechoso o interesante en cubierta o cerca del barco?

—No. Lo estamos vigilando desde anoche, pero entienda usted, por favor, Baby: Madeira no es precisamente un centro importante de espionaje, somos solamente cuatro hombres, y ello porque hice venir uno de las Canarias, y si he de serle sincero, nosotros tampoco somos precisamente unos genios del espionaje… Quiero decir con esto que si se trata de alguna acción importante me permito sugerirle que pidamos ayuda… adecuada. Puedo llamar por radio de nuevo a Canarias, o a Marruecos, incluso a Portugal y España… Con unas pocas llamadas podemos reunir un ejército de compañeros, y todo el armamento y material que haga falta.

—¿Usted cree que pretendemos asaltar el *Garboso*?

—¿No se trata de eso?

—Por el momento, no, ni mucho menos. En ese barco podría estar el presidente de los Estados Unidos. Y el del gobierno español, del británico, del francés, del argentino…

—¿Qué?

—Hasta nosotros nos resistimos a creerlo, pero lo cierto es que todo indica que es así…, o que puede ser así.

—¿Y qué hacen esos personajes en un viejo pesquero en reparación? —No salía de su asombro Simón-Conexión.

Baby mantuvo su mirada, pero finalmente la desvió y murmuró:

—No lo sé. Supongo que tenemos alguien vigilando el pesquero, por si se produce alguna novedad.

—Tenemos a Simón-Canarias, es decir, nuestro último efectivo. Si hay que hacer algo más ya no disponemos de personal, de modo que usted dirá.

—Yo no —negó la espía—… A partir del momento en que desembarque en Funchal será Número Uno el que dará las órdenes a la CIA.

—De acuerdo. Ningún inconveniente. Pero… ¿y usted?

—Yo tengo otras cosas que hacer.

João Alves era un gigante rubio de ojos oscuros, malencarado y de mirada turbia, que en efecto parecía pasarse el día bebiendo vino de la isla. Con lo cual, y dejando aparte los excesos, demostraba tener buen gusto, pues de todos es conocida la excelente calidad de los vinos de Madeira. En lo referente a mujeres también tenía buen gusto João Alves. Por ejemplo, nada más ver a la rubia de ojos verdes João le asignó un diez, siguiendo la moda que años atrás se impusiera cuando apareció en las pantallas cinematográficas la película de Bo Derek. Es decir, ¡más de un diez! Aquella rubia tenía algo… especial; era como si además de ser bellísima por fuera lo fuese también por dentro, era como si emanara de ella una sensación cálida…

Sorprendentemente, y a pesar del vino ingerido cuando todavía eran apenas las diez de la mañana, João Alves experimentó una erección ante la presencia de la rubia, que finalmente, tras abordar con toda tranquilidad el barco, fue a plantarse ante él, sonriendo.

—Hola —saludó, en inglés.

—Hola —masculló João—… Ojalá me esté buscando a mí.

—No busco a nadie en especial —sonrió la rubia—; simplemente, traigo un recado de Gunther y Pierre.

Por un momento, Alves quedó con la mente en blanco. Acto seguido, se maldijo a sí mismo por beber tanto vino, lo que le había

hecho olvidar que precisamente él estaba allí esperando algo relacionado con Gunther y Pierre. Y ese «algo», bien se lo habían advertido, podía ser la llegada de una mujer. Una mujer muy especial, esto también se lo habían advertido. Una mujer de la que no debía fiarse ni un instante.

—¿Y dónde están ellos? —inquirió por fin Alves.

—Tuvieron un pequeño contratiempo, y me pidieron que viniera yo a traer el recado. Soy amiga de ellos.

—Suerte que tienen —sonrió Alves—… Bien: ¿cuál es el recado?

—Tienen a un hombre y a una mujer prisioneros, pero no pueden salir de la isla, porque la CIA lo ha controlado todo. Han de permanecer escondidos. Piden ayuda e instrucciones.

—Ya. ¿Qué más le dijeron?

—Que me pagarían muy bien el riesgo que he corrido al venir a traer el mensaje. Mire, a mí no me importa lo que haya que hacer para ganar unos cuantos dólares, pero cuando la CIA anda de por medio las cosas se ponen siempre muy difíciles, ¿comprende? De modo que terminemos: yo les he pasado el mensaje, así que si me dan mi dinero desapareceré de escena.

—¿Le dijeron ellos la cantidad que le daríamos?

—No, pero me aseguraron que quedaría contenta. Quedamos en vernos en París dentro de un tiempo, y con eso ya se puede entender que no me van a dar sólo unos pocos centavos, ¿verdad?

—Venga conmigo —murmuró João Alves.

Se dirigió hacia el interior del barco, y Baby le siguió, sin preocupación alguna. Por dentro, el *Garboso* estaba mucho mejor que por fuera, se veía incluso confortable a pesar de ser solamente un pesquero. Alves la condujo a un pequeño camarote desusadamente bien acondicionado en aquella clase de barcos. Había una litera doble, sofá, dos sillones, una pequeña librería, e incluso un televisor; junto a éste había un aparato de vídeo, hacia el cual se dirigió Alves.

—Siéntese —dijo.

Brigitte se sentó en uno de los sillones, dando frente al televisor. João Alves introdujo un estuche de película en el aparato de vídeo, puso en marcha el sistema, y se dirigió hacia la puerta del camarote. Abandonó éste. Brigitte oyó claramente al sonido de la cerradura al ser cerrada la puerta con llave desde el exterior.

La pantalla del televisor se iluminó.

Aparecieron unas hermosísimas cumbres nevadas, y se oyó el silbido del viento de ventisqueros, tan característico; luego se hizo el silencio. Las imágenes, de bello y suave colorido, se sucedían. Casi todo era nieve. Era como hallarse en la cumbre del mundo, una cumbre desconocida, de súbito silencio, como si el viento y la vida misma se hubieran paralizado…

De repente, sentado en la posición del loto sobre la nieve, y completamente denudo, apareció el hombrecillo. Era indudablemente de raza hindú, y podía tener tal vez noventa años. Delgadísimo, todo piel y huesos, tenía sin embargo un rostro muy notable, de gran placidez y salud, y en el cual destacaban como brasas de luz negra sus grandes ojos rasgados; una larga cabellera lacia y gris caía dulcemente hacia su espalda…

Pero lo más notable de todo él no era su edad, ni siquiera sus extraordinarios ojos llenos de vitalidad latente en aquella mirada honda y tenebrosa… Lo más notable de él era que no se hallaba propiamente sentado encima de la nieve, sino *por encima* de la nieve. Parecía que estuviera sentado sobre la nieve, pero en realidad flotaba unos quince centímetros por encima, en lo que sólo podía ser un alarde de levitación.

La negra, honda, tenebrosa mirada del personaje se clavó en los ojos de Brigitte desde la pantalla.

—Volvemos a vernos, agente Baby. Aunque sé que con esta imagen no le resulto familiar, sin duda se acuerda de mí. Tengo que decirle que soy el único enemigo que usted jamás podrá vencer, puesto que soy inmortal. La rubia apretó los labios en una despectiva sonrisa, y procedió a encender un cigarrillo, sin perder de vista la pantalla, ni los ojos del viejo hindú, que seguían fijos en los suyos. Cosa nada difícil de conseguir: bastaba que la persona filmada mirase al objetivo de la cámara para que el espectador tuviera esa impresión.

—Mi nombre es Brahma Pundasava —continuó hablando el anciano, tras la teatral pausa—… No me importa que lo sepa, porque usted sólo me localizará si yo quiero y cuando yo quiera. Y esto será pronto, pues deseo unirla a mi vida, hacer otra tentativa de unirla a mí amistosamente antes de tomar la decisión de suprimirla… Lo cual sería lamentable, ya que usted no es inmortal,

¿verdad?

De nuevo una pausa, durante la cual Baby se abstuvo de hablar, pues sabía que sus palabras no llegarían a oídos del hindú. Éste quería algo a ella, no escucharla a ella, era así de simple.

—Sin embargo —prosiguió Brahma Pundasava—, tal vez podríamos hacer algo en ese sentido, quiero decir, orientarla a usted hacia la inmortalidad. ¿No le gustaría? Yo creo que sí, y es por eso que he decidido ofrecerle esa oportunidad, tengo la certeza de que, por su calidad absolutamente fuera de comparación con el resto de los mortales, usted merece esto. Es decir, no usted, sino *lo que en realidad es usted*. ¿Sabe lo que es usted en realidad?

Brigitte apretó los labios, y comenzó a mirar alrededor, porque al terminar de hablar Brahma Pundasava ella había comenzado a oír un suave siseo muy revelador: desde alguna parte estaba llegando gas al camarote… Lo olió acto seguido. Su gesto fue más frío, su mirada más gélida cuando regresó a la pantalla, desde la cual, Pundasava decía ahora.

—Usted no es más que una mente. Todo lo demás es vano, inútil, despreciable y perecedero. Pronto podrá agradecerme que la libere de esas miserables servidumbres a que están sometidas el resto de las personas mortales.

Brahma Pundasava no dijo nada más. Brigitte percibía perfectamente el olor a gas, pero no se movió, no intentó siquiera abandonar el camarote. Sabía que en cuestión de segundos iba a quedar dormida, pero la jugada iba por esos cauces, y ella la aceptaba. Ella siempre aceptaba jugar el juego.

El muy especial juego del espionaje en busca del poder.

La primera sensación que experimentó al despertar fue la del deslumbramiento, la de un exceso de luminosidad. Luego, percibió el aroma de las flores, y, de un modo como más lejano e incierto, el inconfundible y siempre bien amado olor del mar.

Vio al cielo azul, de un azul nítido, increíble, luminoso. Luego vio pinos y palmeras. Se sentó, y vio entonces, por todas partes, bellísimos arbustos de flores multicolores. Como fondo de este decorado paradisíaco, el mar. No debía de ser mucho más tarde del mediodía. El sol parecía envolverla, le proporcionaba un calor absolutamente delicioso. Desde alguna parte le llegaban risas

femeninas y retumbantes voces masculinas. Por entre los pinos divisó una hermosa mansión blanca, de tejado ocre. Se oían también los chapuzones de algunos cuerpos en las aguas de una piscina.

Lentamente, Brigitte se puso en pie. Había estado tendida sobre una gruesa alfombra de paja, completamente desnuda. Junto a la alfombra se hallaba su maletín, que se apresuró a abrir y examinar su contenido. Por supuesto le habían quitado la radio y la pistolita, pero habían olvidado muchas otras cosas. Como por ejemplo, un diminuto bikini, cuya pieza inferior se puso la divina espía. No quiso examinar el doble fondo secreto del maletín, por temor a que la estuviesen observando.

Y de todos modos, si lo que solía llevar en ese doble fondo seguía allí ya recurriría a ello en el momento oportuno. Por ahora, lo que quería saber era dónde estaba y con quién… Aunque tenía la certeza se saber *con quién*.

Primero, nada más caminar unos pasos y ampliar el acercamiento su radio visual, divisó la ciudad de Funchal a sus pies. Es decir, que se hallaba en una de las numerosas mansiones de la montaña que desde la playa de la deliciosa bahía parecía ascender en busca del cielo.

Estuvo unos segundos contemplando el encantador paisaje, y luego se encaminó hacia donde sonaban las risas y los chapuzones…, mientras, por entre pinos, palmeras y flores iba distinguiendo a los hombres que permanecían discretamente apostados entre la vegetación. Alguno de ellos la miró, pero ni uno solo hizo intención de acercarse a ella o decir algo. Eso sí, la miraban con abierta y directa curiosidad. ¿Quizás alguno la estaba reconociendo? ¿Quizás alguno de aquellos hombres reconocía en la espléndida morena de soberbios pechos a la periodista Brigitte Montfort, de Nueva York? Le habían quitado la peluca, pero no las lentillas de color verde, ni los aros de plástico que, introducidos en sus fosas nasales, deformaban ligeramente sus facciones…

Eran guardaespaldas. Aquellos hombres silenciosos, bien vestidos con atuendo de verano, eran guardaespaldas. De alto nivel, pero guardaespaldas. Había ingleses, norteamericanos, latinos, chinos…

La agente Baby no se sorprendió en absoluto cuando, al llegar a

un punto desde el cual podía ver la piscina y todo su alrededor, distinguió enseguida a la señora Margaret Tatcher, la Primera Ministra del Reino Unido. Llevaba un *maillot* muy sobrio, de color azul marino, y tomaba plácidamente el sol junto a la piscina, ocupando una extensible junto a una mesita en la que había bebidas. Cerca de ella, dándole conversación, distinguió a Cory Aquino, de Filipinas, y al señor Xiaoping, de China; un poco más allá, jugueteando con unas espléndidas jovencitas sobre una toalla extendida sobre el césped, divisó a Fidel Castro conversando con Ronald Reagan. Sentados en sendas extensibles, ambas de cara al sol y degustando unos refrescos, vio a Felipe González, de España, y al señor Alfonsín, de Argentina…, contemplados en silencio por el señor La Madrid, de México, algo más alejado y al parecer sin ganas de conversación…

Por supuesto, Brigitte recordó inmediatamente los últimos versos llegados para ella a la Central de la CIA:

YA TERMINARON EL VUELO,
YA SE POSARON LAS AVES,
ANIDAN EN BELLOS PARAJES
DONDE NO EXISTE EL RECELO.
VIVIRÁN ETERNAMENTE,
NADIE PODRÁ PERTURBARLES,
Y SIEMPRE SERÁN SUS MENTES
AJENAS A LOS MORTALES.

De manera que allí los tenía. Allí tenía a «las aves», las grandes aves que días atrás habían emprendido el vuelo…

—Sea bien venida —oyó el mensaje dentro de su cabeza—… Tengo la certeza de que no va a tener la menor dificultad en encontrarme.

Capítulo VII

Encontró a Brahma Pundasava antes de que hubieran transcurrido dos minutos. Tiempo mínimo necesario, considerando que tuvo que desplazarse hacia la parte de atrás de la hermosa mansión. Allá, sobre una pequeña extensión de bien cuidado césped rodeado de pinos y palmeras y arbustos de flores, estaba el viejo hindú, ahora sentado sobre el césped, sin truco alguno. Brigitte llegó ante él, se detuvo, y sonrió irónicamente.

—¿Cómo le va, Yogui? —saludó.

—Bien —en los tenebrosos ojos del hindú hubo como un destello de viejo fuego removido—… Excelentemente. Es condición propia de la inmortalidad experimentar siempre un bienestar total.

—Por supuesto. Éste es un encantador lugar… Y me alegra comprobar que las grandes aves llegaron sin novedad. Lo contrario podría haber provocado un conflicto mundial de proporciones horriblemente desastrosas.

—No era mi intención provocar nada de eso.

—Lo sé —Brigitte se sentó cerca del hindú, de cara al sol, y suspiró graciosamente—… ¡Qué bien se está aquí, realmente!

—¿Lo sabe? —murmuró Yogui Brahma Pundasava.

—Naturalmente —le miró plácidamente Brigitte.

—Usted ni siquiera sabe cómo ha llegado hasta aquí.

—No sea vulgar. Me han traído dentro de una cesta, o de una caja, o dentro de un coche, un fardo cualquiera… O dentro de un piano, ¿qué más da? Eso no tiene ninguna importancia. Lo que sí puede importar un poco es el hecho de que usted habrá realizado esa parte del plan de modo que mis compañeros de la CIA que vigilaban el *Garboso* no se dieran cuenta de ello… Y supongo que ahora que ya estoy aquí, que la pista ha terminado, bien poco le importa a usted lo que le suceda al *Garboso* y a su capitán, el

borrachín João Alves.

—Es cierto —rió quedamente Yogui—… ¡Me importa bien poco! Todo lo que quería era volver a verla…, y la estoy viendo. Claro que no la veo con mis ojos y con mi cuerpo, pero la veo.

—Ya, ya —asintió Brigitte—… De manera que ahora el fabuloso Yogui está utilizando el cuerpo de este pobre viejo al que ha puesto el nombre de Brahma Pundasava. Pero claro, usted permanece alejado de mí… ¿Muy alejado?

—Lo suficiente para que, si rechaza mi oferta, no pueda lastimarme… Puede matar a Brahma Pundasava, paro nunca podrá lastimarme a mí.

—¿Por qué le preocupa eso? —sonrió encantadoramente la mortífera espía—. ¿Acaso no es usted inmortal? Nunca podría lastimarlo, por tanto, ¿no le parece?

—Percibo en su voz cierto tono irónico.

—Pues le ruego que me disculpe. Bien, hablemos de mi inmortalidad y de lo que en realidad yo soy. ¿Qué soy en realidad?

—Una mente de primera magnitud, ya se lo dije. Y las mentes como la suya merecen la inmortalidad.

—¿Y mi cuerpo no le parece bonito…, no le parece merecedor de mejor suerte que ser pasto de gusanos más pronto o más tarde?

—Su cuerpo, como todos los demás, es sólo vil materia. No es su cuerpo lo que me interesa, sino su mente privilegiada. Es su mente la que deseo unir a la mía, es su mente lo que deseo conservar inmortal, es decir, junto a la mía por toda la eternidad.

—¿Y eso por qué?

—Es muy simple: hace mucho, muchísimo tiempo, que busco una mente de la calidad de la de usted…

—¿Cuánto tiempo?

—Más de veinte mil años.

—Ya. Bueno, pues ya me ha encontrado. Ahora, dígame qué planes tiene para nuestras mentes…, si es que verdaderamente desea otorgarme la inmortalidad. Se me ocurre que podría estar muy enfadado conmigo por lo del Vaticano.

—En realidad —sonrió Brahma Pundasava—, estoy enfadado con Sor Magdalena y con Baby, es decir, con las personalidades que usted adoptó en aquella ocasión. Pero reflexionando sobre el particular he comprendido que usted, con esas personalidades y

esos cometidos, no podía hacer más que lo que hizo, es decir, resolver una situación embarazosa para su modo de pensar en aquellos momentos. En su condición de ser estrictamente humano era lógico que le preocuparan las cosas que pudieran ocurrirle a los humanos. Bajo ese punto de vista estuve tentado de proceder a eliminarla a usted en cuanto fuera posible, pero luego fui meditando sobre el asunto… ¿Por qué no concederle la oportunidad de que me encontrase, a fin de hacerle mi oferta? De modo que le fui dejando pistas no demasiado complicadas…, no porque temiera que usted no comprendiera otras pistas más complicadas, sino porque forzosamente tenía que recurrir a otras personas, y ya sabemos que esas personas, la gente vulgar, siempre lo hace todo mal, así que no podía encargarles cosas demasiado sofisticadas, ¿comprende? Tampoco podía presentarme a usted estando las cosas a su favor, pues quizás entonces, simplemente, usted decidiera eliminarme de nuevo, sin escucharme. En cambio, ahora que tengo todos los triunfos en mi poder, cuando menos me escuchará…, y ya veremos si mi oferta la tienta o no la tienta.

—Cuando menos estoy dispuesta a escucharla.

—Ya se lo he dicho: le ofrezco la inmortalidad.

—Pero la inmortalidad mental.

—¿No comprende que no puede haber otra? Por mucho que hagamos, la vida de la materia termina en un momento u otro. Sea la materia que sea, tanto si transcurren cien años como si transcurren cien mil billones de trillones de siglos, la vida termina. La vida de la materia, insisto. Pero… ¿acaso termina la vida de la mente?

—¿No termina? —murmuró Brigitte.

—Jamás. Jamás…, siempre y cuando esa mente esté bien… educada, bien dirigida, bien evolucionada. Si se consigue esa evolución adecuada la mente no muere jamás. Por tanto, si usted aprendiera a prescindir de su materia y a vivir más con su mente que con su cuerpo, jamás moriría. ¿Y se da cuenta de lo que eso significaría?

—Me temo que no acabo de captar la grandiosidad del asunto.

—Significaría que siempre estaría presente en la vida, y cada segundo que transcurriese podría ser más y más poderosa. Se lo explicaré: vamos a suponer que usted muere, y que su materia se

desvanece. Indudablemente, usted ya jamás podrá volver a ser usted, al menos como Baby… Sin duda, y ateniéndonos a la teoría de la reencarnación, usted podría volver como otra persona cualquiera, pero… ¿de qué le serviría?

—Para serle sincera, siempre me he hecho esa pregunta… ¿Usted puede contestarla?

—Desde luego: no le serviría de nada. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque ese nuevo cuerpo comenzaría a vivir con una mente nueva, ignorante de todo. Así que la nueva persona reencarnada no tendría nada que ver con usted… mentalmente hablando. Ah, si, un nuevo cuerpo con la vieja alma, pero… ¿y la mente? Fíjese bien; nadie, o casi nadie, recuerda sus encarnaciones anteriores, posiblemente porque el alma es olvidadiza. Pero la mente… ¡Ah, la mente, la mente…! ¡Es lo más poderoso que hay! Y siendo lo más poderoso…, ¿no le parece una estupidez mantenerla en las sombras de la ignorancia de sí misma? ¿No le parece mucho más inteligente y razonable educar la mente de modo que, prescindiendo de cuerpos y almas, esté siempre viva con plena consciencia y memoria de sí misma? Pero aún le diré más cosas sobre la mente: ¿sabe usted cuál es la mayor y más característica facultad de la mente superior sobre las mentes inferiores?

—¿Cuál?

—La de dirigir y controlar esas mentes inferiores. Y así las cosas…, ¿para qué reencarnar, para qué seguir el viejo juego inútil de los cuerpos y las almas? Vamos a olvidarnos de todo eso, y concentremos todo nuestro esfuerzo en la mente, de modo que ésta se desarrolle y permanezca inalterable. ¿De qué nos sirve saber, cuando somos almas, que antes hemos sido corporalmente Alejandro Magno, Miguel Ángel y Rock Hudson…, si cuando volvemos a reencarnar ya lo hemos olvidado? En cambio, la mente no olvida nada. Por tanto, olvidemos el cuerpo y el alma y concentrémonos en la mente. Una mente que siempre sea la misma, y ello por una razón muy sencilla: jamás muere. ¿Por qué? Porque en esta actual encarnación aprendemos a separarla de las servidumbres del cuerpo, y cuando éste muere la mente queda intacta, viviendo ya para la eternidad, sin alma y sin cuerpo… Es sólo una mente. Una mente sin servidumbres, lúcida,

extraordinariamente inteligente, apta para captarlo todo, vivirlo todo, memorizarlo todo, y seguir viviendo eternamente sin desprenderse jamás de una sola vivencia, sin olvidar nada…, y siempre controlando las mentes inferiores, haciendo y deshaciendo a su antojo con la vida a su alrededor. Supongo que usted ya se ha dado cuenta de que algunas personas han dicho lo que yo he querido que dijeran: han visto a Reagan, a Tatcher, han tomado fotografías, una me vio bajito, otra me vio alto y apuesto, para una hablé español, para otra inglés…

—Por supuesto que me di cuenta —susurró Brigitte.

—Pues todo eso lo he conseguido con el poder superior de mi mente sobre la de ellos. Por eso, he decidido no ser más un cuerpo y un alma, sino una mente. Y en eso estoy: desarrollando mi mente de modo que con ella puedo ya controlar a las personas que me rodean, obligarlas a hacer lo que yo quiero que hagan; y cuando mi actual cuerpo fallezca ya no quiero regresar con otro cuerpo, sino que, con mi mente, seguiré controlando todo lo que quiera controlar, todo el mundo, y ello, sin haber perdido jamás contacto con mi vida, sin haber roto la cadena de vivencias… ¡Estoy empezando a ser poderoso ahora, y lo seguiré siendo siempre con mi mente inmortal!

Brigitte aspiró profundamente, y movió la cabeza hacia donde se hallaba ubicada la piscina.

—¿Es eso lo que les ha ofrecido a sus invitados? —murmuró—. ¿El poder en la actualidad y el poder incluso después de que sus cuerpos mueran?

—Exactamente. Y todos han aceptado, ya lo ve. Cuando les dije que en la actualidad podían manipular las mentes de otras personas, y que serían mentalmente inmortales, con todo lo que eso significa, ninguno titubeó ni por un instante en aceptar. Es claro que no fue nada fácil hacerles llegar mi propuesta a cada uno de ellos, pero en cuanto la recibieron aceptaron en el acto.

—No me sorprende en absoluto —dijo fríamente la espía.

—Sí —sonrió el anciano hindú—… La codicia de poder es terrible en esa gente. Están dispuestos a aceptar todo cuanto yo les diga con tal de conseguir ese objetivo.

—¿Y usted está dispuesto a facilitarles ese poder, realmente?

Yogui/Brahma Pundasava sonrió enigmáticamente, astutamente.

—Bueno, digamos que… estoy trabajando con sus mentes para ponerlas… a determinado nivel.

—¿A un nivel suficientemente alto como para utilizarlas… al servicio de la mente de usted? —sugirió Brigitte—. Digamos… ¿a un nivel suficientemente desarrollado para que valga la pena manipularlas… como usted quiera, y convertirse así en el presidente de Estados Unidos, de Argentina, de España, de Brasil…? ¿A ese nivel, Yogui?

—¿Por qué no? —seguía sonriendo el hindú.

—¿Y eso es lo que quiere hacer también conmigo? ¿Manipular mi mente igual que está manipulando la de ellos para que, sin darse cuenta, dentro de poco sus mentes estén en poder de la de usted y ellos sean sólo… marionetas a sus órdenes?

—¿Se da cuenta? —susurró el anciano, mientras sus ojos parecían llenarse de fuego—: ninguno de esos personajes tiene el suficiente nivel mental para haber comprendido esto, para haberse dado cuenta de que los estoy «amaestrando» para que queden en breve sus mentes al servicio de mi mente… El ansia de poder les ciega, les ofusca la mente, la inteligencia…, sólo comprenden que pueden llegar a ser poderosísimos…, pero no se dan cuenta de que yo sería a mi vez, poderosísimo sobre ellos. No, no se dan cuenta, son unos ridículos necios. En cambio, usted ha comprendido enseguida la jugada. Es por eso que le suplico; acepte unirse a mí.

—¿Me lo suplica?

—Se lo suplico. ¡No puede usted imaginarse lo aburrido que es ser inmortal y estar rodeado sólo de mortales estúpidos! Mi mente necesita otra mente parecida, es desesperante no encontrar ninguna mente de suficiente nivel como para convivir con ella… Me veo condenado a vivir en una soledad mental cada día más insoportable y deprimente. ¡Necesito otra mente con la que poder intercambiar ideas a mi nivel! Es… es como si un ser humano sólo pudiera relacionarse con cucarachas… ¡Acepte unirse a mí, ascienda a mi nivel aprovechando su gran desarrollo y evolución natural, gobierne conmigo en el mundo, en la vida y en la muerte!

—De acuerdo —asintió la espía más implacable del mundo—. ¿Qué tengo que hacer para convertirme en inmortal?

Poco antes de que comenzara a ponerse el sol terminaron los ejercicios mentales de todos los invitados a la mansión de Brahma

Pundasava, y cada cual se retiró a su aposento para reflexionar sobre las lecciones impartidas y reflexionar sobre lo efímero de la materia y el poder eterno de la mente…

Brigitte, a quien se había asignado también un aposento privado en la hermosa mansión, se retiró como los demás, pero, una vez encerrada y convencida de que nadie podía verla, pues se había asegurado de que no había en la habitación ningún sistema de espía, procedió a alzar la tapa del fondo secreto de su maletín, y sonrió al ver allí el dinero, los diversos pasaportes falsos, una copia de su pistola de cachas de madreperla, la pequeña radio… Accionó ésta, y oyó el leve zumbidito de llamada.

Número Uno contestó enseguida. Es decir, admitió la llamada, pero no dijo nada; simplemente, abrió el canal de recepción. Brigitte se lo imaginó esperando, atento, tenso, con la mirada fija en su radio, esperando oír la voz de ella. Pero no habló.

En lugar de eso, utilizando el extremo de unas pinzas que tomó del maletín, dio unos golpecitos en la pequeña radio; mas no unos golpecitos cualquiera, sino recurriendo al sistema morse, con el cual compuso solamente una palabra: E-S-P-E-R-A.

Ni siquiera valía la pena esperar respuesta. Cerró la radio, la guardó de nuevo en el doble fondo, dejó el maletín bien a la vista, y procedió a tomar una refrescante ducha.

A las ocho y media, ya vestida con sus ropas, que había encontrado en su habitación, hacía su entrada en el salón donde el resto de los invitados a la eternidad departían tomando un aperitivo, a la espera de la cena. Las miradas de todos se clavaron en ella, y se hizo el silencio. La divina espía sonrió encantadoramente.

—Buenas noches, damas y caballeros.

Hubo un murmullo de respuesta, y enseguida Felipe González se acercó a Brigitte, sonriendo y diciendo:

—Sin embargo, todavía no es de noche, señorita… Bien, todavía no conocemos su nombre auténtico, y no me parece acertado continuar llamándola Baby.

—¿Por qué no? Además, el señor Reagan sí sabe mi nombre auténtico. ¿Por qué no le preguntan a él?

Todas las miradas se volvieron hacia Ronald Reagan. Hacía apenas dos meses que había sido operado, y su aspecto no era

excesivamente bueno, al natural.

—Es mejor conservar el secreto —dijo Reagan—. No sólo en beneficio de usted, sino en beneficio de todos. Generalmente, saber el nombre verdadero de la agente Baby sólo trae consecuencias peligrosas.

—Sin embargo —insistió Felipe González—, creo que deberíamos saberlo todos. No tiene sentido que usted sepa quiénes estamos aquí y qué pretendemos, y que nosotros, personas realmente importantes de la Humanidad, no sepamos quién es usted… Aunque le encuentro algo familiar… ¡Estoy seguro de que la conozco!

—Vamos a cambiar de tema —propuso Brigitte, aceptando la copa de aperitivo que le tendía Alfonsín—… En lugar de hablar de mí, hablemos de ustedes. Pero no porque sean más importantes que yo, nada de eso, pues es más bien todo lo contrario, o sea que yo soy más importante que ustedes, pero…

—¿De dónde saca eso? —rió González—. ¡Usted no es más que una espía!

—Una espía que ha prestado grandes servicios a la Humanidad, señor González. ¿Puede decirme qué servicios ha prestado usted a la Humanidad? No a sí mismo, ni a su partido político, ni a sus amigos o partidarios, sino a la Humanidad… ¿Puede decirme algún servicio de esa categoría?

—No es momento de…

—¿No es momento de decir cosas importantes? ¿Por qué no? Mire, usted no es más que un politiquillo que estuvo llamándose Doroteo…, o Teodoro, ahora no recuerdo, durante años de clandestinidad en busca de una ocasión para situarse y medrar personalmente. Lo ha conseguido. Pero insisto…, ¿qué gran acción de político humanista ha realizado usted? ¿Y los demás? ¿Qué grandes accionas han realizado ustedes en favor de la Humanidad entera? Yo se lo diré: ninguno de ustedes ha hecho nada en ese sentido, todos han buscado siempre su medro personal, su riqueza y la de su partido, el poder partidista y egoísta. ¿Por qué están ustedes aquí? Pues, damas y caballeros, están ustedes aquí porque se les ha ofrecido un… importante recurso para conseguir todavía más poder que, naturalmente, aplicarían en su propio y personal provecho. En cambio, yo estoy aquí, jugándome la vida una vez

más, porque no podía permitir que a ustedes les ocurriese algo malo y el mundo se enzarzase en otra guerra más. Yo estoy aquí, siempre a riesgo de mi vida, lidiando en favor de todo el mundo, aunque utilice los recursos humanos, técnicos y económicos de la CIA, cosa que no puedo evitar, pues sin esos recursos jamás conseguiría la movilidad y la fuerza suficiente para conseguir mis objetivos. Yo estoy aquí jugándome la vida, ustedes están aquí esperando conseguir más recursos de poder para manipular a otras personas y ser cada día más personalmente poderosos… ¿Y usted dice que yo no soy *más que una espía*?

Felipe González permaneció mudo y pálido. El silencio pareció condensarse en el salón. Brigitte bebió un sorbito de aperitivo, y miró de pronto, sonriente, a Alfonsín.

—Espero que no me haya puesto veneno en el aperitivo, señor.

—¡Claro que no! —se sorprendió el presidente argentino—. ¿Por qué habría de hacer semejante cosa?

—Porque la mente de Yogui se lo hubiera ordenado a la suya.

—¿Qué? ¡A mí nadie me ordena nada!

Brigitte se quedó mirándolo amablemente, bebió otro sorbito, y dijo:

—¿Se dan cuenta? Ni siquiera se han enterado de que están todos ustedes bajo el control de la mente de Yogui. En estos momentos, damas y caballeros, no estoy hablando con ustedes, sino con… terminales de la mente de Brahma Pundasava.

—En cualquier caso —sonó en la puerta la voz del viejo hindú —, usted está hablando demasiado. Cosa que ya era de temer, por otra parte.

Todos se volvieron a mirar al anciano, que permanecía en la entrada al salón, de pie, envuelto en una túnica de impoluta blancura, que contrastaba con su oscura y arrugada piel. Sus negros, profundos, tenebrosos ojos permanecían fijos siniestramente en la espía americana.

—Si ya temía usted que yo hablara demasiado —murmuró Brigitte—…, ¿por qué me ha concedido la oportunidad de hacerlo? ¿Para poner a prueba mi fidelidad hacia usted?

—Efectivamente.

—No sea cretino, Yogui. Usted tenía que saber desde el primer momento que la persona que desbarató sus planes respecto a la

Ciudad del Vaticano jamás aceptaría secundarle en ninguno de cualquier otro de sus planes. En realidad, lo que usted ha pretendido es divertirse a mi costa.

—Le aseguro —sonrió Brahma Pundasava— que me habría gustado mucho que realmente usted se hubiera puesto de mi lado. Y antes de eliminarla quise intentarlo… Por unos minutos incluso creí que lo había conseguido. Pero, evidentemente, a usted no le interesa el poder, ni las riquezas.

—Ya tengo poder —sonrió Brigitte—. Y más riquezas de las que necesitaré en toda mi vida. ¿Y sabe por qué yo tengo poder y riquezas, Yogui?

—¿Por qué?

—Porque a lo largo de mi vida he hecho muchos amigos eliminando alimañas como usted. Ése es mi gran poder y mi gran riqueza: tener amigos que darían su vida por mí. ¿Puede usted decir lo mismo?

—Me temo que no —suspiró el anciano—… ¡Pero me habría gustado que usted fuese mi primera amiga en ese sentido!

—Pues se equivocó —Brigitte sacó del escote la pistola de cachas de madreperla—: no sólo no voy a ser su amiga, sino que siempre seré su enemiga…, por mucho que ambos vivamos mentalmente. Hasta otra, Yogui.

Plof, disparó la implacable espía.

El sobresalto de todos los presentes fue tremendo, sustituyendo al asombro que les había provocado el gesto de Brigitte sacando una pistola. Y mayor fue su sobresalto cuando en el centro de la frente del viejo hindú se produjo como una pequeña explosión, y se formó un diminuto cráter por el que brotaron unas relucientes gotas de sangre.

Brahma Pundasava cayó hacia atrás, y su flaco cuerpo huesudo resonó extrañamente contra el suelo. Nadie se movía, todos parecían paralizados. Uno de los elegantes y sobrios guardaespaldas británicos apareció rápidamente en la puerta del salón, pasando por encima del cadáver de Pundasava, pistola en mano. Al ver a Brigitte también empuñando un arma respingó, y la apuntó con la suya.

—Baje esa arma —dijo Brigitte—. Y llame a todos los acompañantes de los aquí presentes, Reúnalos en este salón. ¡Pronto! ¿No me ha oído? ¡Tenga la seguridad de que Pundasava

tenía previsto que algo alterase sus planes, y por tanto debe de tener preparada la muerte de todos los aquí presentes, para cuando menos provocar el caos mundial! ¡Baje esa pistola, estúpido, y corra a hacer lo que le he dicho!

—Mátela —dijo de pronto Margaret Tatcher—… ¡Mátela, mátela!

El guardaespaldas había respingado, y se había dispuesto a obedecer enseguida la orden, pero Brigitte ya lo temía, y cuando el hombre todavía estaba empezando a reaccionar, ella se dejaba, caer de rodillas al suelo y disparaba de nuevo.

Plof.

La bala acertó al agente británico de seguridad en la frente, y lo derribó muerto en el acto. Brigitte, demudado el rostro, se volvió a mirar a la Tatcher.

—¿Está satisfecha? —gritó—. ¡Me ha obligado a matar a uno de sus acompañantes! ¿No comprende…?

Margaret Tatcher no debía de comprender nada, porque se estaba abalanzando furiosamente contra Brigitte. Ésta terminó de ponerse en pie, tuvo un instante de vacilación, y, enseguida, cuando ya las uñas de la Tatcher se iban a clavar en su garganta, le hundió la punta de los dedos de la mano izquierda en el hígado, en un bien medido *atemi* de judo. Margaret Tatcher lanzó un ahogado gemido, sus ojos se desorbitaron, y cayó de rodillas…

—¡Matémosla! —gritó el chino Xiaoping.

—¡Quietos ahí! —Se volvió Brigitte hacia él, apuntándole con la pistolita—. ¡Quietos todos! ¿Es que no se dan cuenta de lo que sucede? ¡Todos ustedes estaban empezando ya a estar bajo el control mental de Yogui! ¡No se muevan, no hagan nada…!

—¡Vamos a por ella! —chilló Cory Aquino.

—¡Sí, matémosla! —graznó Fidel Castro.

El primero en llegar ante ella, como ciego, como si Brigitte no empuñara un arma con la que podía matarlo en un instante, fue Felipe González. La espía se desembarazó de él de un tremendo rodillazo en los testículos que derribó casi desvanecido al presidente del gobierno español. Tras él llegó Corazón Aquino, que recibió un demoledor *tsuki* en el estómago, todo su rostro se demudó, puso los ojos en blanco, y se derrumbó como muerta. Xiaoping inició ante Brigitte uno de los elaborados movimientos del *tai-chi-chuan* que

terminaría en imprevisible ataque, pero la espía no le dio tiempo a más florituras, y lo derribó de una increíble, alucinante patada en el centro del pecho…

En la puerta aparecieron dos hombres del servicio doméstico, ambos hindúes, provistos de formidables automáticas, y ambos apuntaron a la espía, demudados sus rostros, sus pies junto al cadáver del hombre al que hasta entonces habían estado obedeciendo: Brahma Pundasava.

Plof, plof, disparó Brigitte.

Uno de los hombros murió en el acto, y se desplomó hacia delante. El otro emitió un alarido, giró como una peonza, y salió del salón, soltando su arma, que Brigitte corrió a recoger. Comenzaban a oírse pisadas por todas partes, y voces en varios idiomas.

Arrodillada junto al arma que recogía, Brigitte sacó la pequeña radio que había llevado escondida en las braguitas, y efectuó la llamada.

—¡Uno! —gritó—. ¡Ahora! ¡Pero ten cuidado, Yogui no tiene hombres suyos aquí, está utilizando los de los invitados! ¡Son ellos los que querrán matarnos, están controlados por Yogui!

—Voy enseguida —sonó tranquila la voz de Número Uno.

Brigitte tuvo el tiempo justo para esquivar el tremendo patadón que le lanzó Fidel Castro, siempre calzado con sus sólidas botas. El cubano gritó al fallar el golpe, se tambaleó, y Brigitte, que se había puesto en pie de nuevo a toda prisa, aprovechó su postura para aplicarla un *de-ashi-barai*, un barrido de judo que derribó como un saco a Castro; la cabeza del cubano resonó fuertemente contra el suelo, y el hombre perdió el conocimiento.

—¡No se acerquen a mí! —apuntó Brigitte a los demás con las dos pistolas que empuñaba ahora—. ¡Por al amor de Dios, reaccionen, tienen que volver a ser ustedes, dejen de ser marionetas de…!

—¡Te arrancaré las entrañas! —aulló Jomeini, lanzándose contra ella.

Brigitte esquivó la acometida, terminó de derribar a Jomeini de un puntapié, y salió corriendo del salón, casi dándose de cara con dos chinos que llegaban silenciosamente a todo correr.

El sobresalto fue mutuo, pero la ventaja estuvo de parte de la espía americana, que ya estaba en plena acción, toda ella tensa y

presta para la lucha. Derribó a un chino con un golpe de pistola en la cabeza, y cuando el otro intentó dispararle giró, alzó la pierna derecha como en un paso de baile, y el pie golpeó la mano armada del chino, arrancándole la pistola. El chino gritó algo, quiso pasar al ataque…, y recibió un tremendo codazo en la frente que lo derribó fulminado.

Brigitte alzó la mirada, y vio al hombre que aparecía en lo alto de la escalinata, que conducía al piso alto. Sin consideraciones, pues ya no cabían, Brigitte le disparó, y el hombre lanzó un grito y cayó rodando por las escaleras. Por el fondo del pasillo que llevaba a la cocina aparecieron tres hindúes corriendo. Plof, plof, disparó Brigitte. Uno de los hindúes gritó, dio una voltereta, y cayó por delante de sus compañeros, deslizándose por el mosaico, mientras los otros dos se tiraban por su voluntad al suelo y rodaban para alejarse de la línea de tiro de Brigitte.

La puerta de la casa se abrió, y aparecieron varios hombres apresuradamente, todos ellos pistola en mano. Baby apuntó hacia ellos la pistola que se había agenciado, y comenzó a disparar rápidamente, sin tregua, pero no contra los recién llegados, sino por encima de ellos. Hubo un revuelo tremendo cuando las balas crujieron por encima de los guardaespaldas de los invitados de Yogui, uno cayó de rodillas, otro fue empujado contra la puerta, los demás retrocedieron… En la fachada de la casa se oyó el crujir de unos cristales, y el instinto y la larga experiencia de lucha de la espía salvó su vida: se volvió mientras se dejaba caer de rodillas, y vio al hombre en la ventana, disparándole. Oyó el crujir de la bala por encima de su cabeza, y de nuevo, a su pesar, tuvo que disparar a matar… Vio cómo el rostro del hombre se convertía en una mancha de sangre, y desaparecía de la ventana.

Brigitte echó a correr escaleras arriba, tras desprenderse de los zapatos de alto tacón, con lo que ganó en velocidad, seguridad y silencio… Ahora oía voces en todas partes, y comprendió que todos los hombres que había en la quinta acudían contra ella… Absolutamente todos dominados por la mente escalofriante de Yogui.

Ya en el pasillo, Brigitte se metió en una de las habitaciones, cerró la puerta, y fue a dejarse caer en un sillón. Su corazón se había disparado, pero ella conseguía que su respiración, aunque

entrecortada, no fuese ruidosa. No quería que la encontrasen, pues ello la obligarla a matar más gente…

Se estremeció.

Gente que no merecía morir, al menos por lo que estaba sucediendo allí, gente que estaba controlada por Yogui, empezando por la señora Tatcher, siguiendo por Ronald Reagan, y terminando por el último de los guardaespaldas de cualquiera de ellos. Y además los pocos hindúes que había en la casa, los pocos servidores directos y del todo fiables que Yogui había colocado junto a Brahma Pundasava.

—La próxima vez no escaparás de mí, Baby —sonó la voz dentro de la cabeza de la espía.

Ésta respingó, irguiéndose en el asiento. Quedó tensa, contenida la respiración.

—Supongo que esos hombres que están entrando en la quinta son amigos tuyos —siguió la voz dentro de la cabeza de Brigitte—, y que vienen dispuestos a todo, así que me alejo. Pero volveremos a encontrarnos.

¿Encontrarnos?, pensó Brigitte.

¿Dónde se habían encontrado?

Lo cierto era que ella jamás había visto a Yogui, al Yogui auténtico, al hombre que utilizaba los cuerpos de otros hombres cono si fuesen robots bajo sus órdenes.

¿Reencontrarnos?, pensó de nuevo Brigitte. ¡Todavía no nos hemos encontrado nunca realmente! Oyó, siempre dentro de su cabeza, una risa sarcástica, y acto seguido la voz.

—Sí que nos hemos encontrado, pero tú no podías saber que yo era yo. Ni nunca sabrás quién soy yo por muy bien que me veas.

Los hindúes.

¡Los hindúes que había en la casa, los servidores de Brahma Pundasava! ¡Seguro que uno de ellos era el mismísimo Yogui, que se había introducido en el grupo como un criado más, para asistir a la realización de su plan…!

—En efecto —sonó de nuevo la voz—… Y ahora sé cómo eres, pues te han visto mis propios ojos. Ya no tengo de ti sólo tus imágenes mentales que me enviaban mis cuerpos, sino tu imagen exacta y verdadera. Pero además, sé tu nombre, que extraje de la mente de Ronald Reagan. Así que… ¡hasta la próxima, Brigitte

Montfort!

Baby se puso en pie de un salto, corrió hacia la puerta de la habitación, y la abrió, saliendo al pasillo… ¡Tenía que encontrar a todos los hindúes que había en la casa, y entonces ya se las arreglaría para identificar entre ellos a Yogui!

La pequeña radio estaba zumbando, ahora en su escote, donde la había colocado Brigitte tras la llamada a Número Uno.

—¡Uno! —gritó, contestando a la llamada—. ¡No dejes escapar a nadie, que no escape absolutamente nadie! ¡Yogui es uno de los criados hindúes! Hubo un instante de silencio antes de que se oyese la voz de Número Uno:

—Lo siento. ¿Estás bien? ¿Podemos lanzar ya el gas?

—¡Desde luego que sí! ¿Qué es lo que sientes?

—Hemos dejado escapar a varios criados hindúes… Tú y yo nunca les hemos complicado demasiado la vida a esa gente de poca monta, Brigitte.

—¡Pues uno de esos es Yogui! ¡Lo he tenido durante horas ante mis ojos! ¡Y él a mí ante los suyos! ¡Maldita sea!

—¿Qué?

—¡He dicho «maldita sea»!

—Eso no es propio de ti. Jamás te había oído maldecir…

—¡Uno! —gritó de pronto Brigitte—. ¡Uno, el gas! ¡AHORA!

Se oían los fortísimos golpes en la puerta de la habitación, que en un instante fue no sólo derribada, sino arrancada… Tres guardaespaldas atléticos entraron dando tropezones, y detrás de ellos lo hizo Mitterrand, luego Castro, después Reagan, González, Sarney…

—Atrapadla viva —dijo Fidel Castro—. Antes de matarla quiero gozar de su cuerpo. ¡Es tan hermosa…!

Se oyó un suave silbido y Brigitte reaccionó instintivamente conteniendo la respiración. En la pared, por encima de la puerta, se oyó el suave impacto de la ampolla de gas disparada desde el exterior. Uno de los invitados alzó la cabeza, otro apenas tuvo tiempo de moverla… En un instante, todas las personas que habían entrado en la habitación rodaron por el suelo, profundamente dormidas bajo los efectos del gas narcótico que Número Uno y los cuatro Simones estaban disparando con fusiles especiales al interior de la casa.

Todavía, durante unos segundos, Brigitte creyó que al haber contenido la respiración se iba a librar de sufrir los mismos efectos que los demás, pero comprendió enseguida que no era así, que no había contenido la respiración adecuadamente ni a tiempo, y que todo lo que había conseguido era eso, aguantar un poco más…

La cabeza le dio vueltas.

Cerró los ojos…, y ya no supo nada más.

Este es el final

Tras haber anunciado su visita por medio de la radio de bolsillo, Simón-Conexión y Simón-Funchal llegaron a la encantadora casita en cuyo jardín con piscina tomaban el sol, desnudos, Brigitte y Número Uno. Ella se puso una toalla a la cintura, y él, harto ya de la CIA y de aquel asunto se limitó a zambullirse en la piscina, en el momento en que los dos agentes de la CIA aparecían en el jardín. Al ver Brigitte con el pecho desnudo se detuvieron y titubearon, pero ella sonrió y dijo:

—Vamos, no sean niños, acérquense. ¿Todo ha terminado bien?

—Así es —dijo Simón-Conexión, acercándose—… Nos acaba de llegar el informe de que todos están de regreso en sus casas y despachos. Cada uno de esos personajes ha recuperado la normalidad, y le envían su amistad inquebrantable.

—Inquebrantable. Ya, ya.

—Algunos querían verla a usted, pero siguiendo sus instrucciones hemos dicho a todos que desconocemos su paradero. Así que todo está bien y nadie sabe que usted permanece en Madeira tomando el sol y bebiendo buenos vinos.

—Bueno, alguien sí lo sabe —dijo Simón-Funchal—. O cuando menos lo sospecha, porque nos ha enviado por radio un recado para usted. El recado dice que si por casualidad la vemos le digamos que han llegado otros versos a la Central, para usted.

—Ah, comprendo —relucieron los ojos de Brigitte—… Y estoy segura de que quien ha enviado ese recado es *Mr*. Cavanagh, nuestro jefe del Grupo de Acción.

—En efecto —asintió Simón-Funchal.

—¿Y… les ha enviado también esos nuevos versos?

En silencio, Simón-Funchal sacó un papel doblado, y lo tendió a Brigitte. La curiosidad fue demasiado fuerte para Número Uno, que aun nadando había estado pendiente de la conversación, y salió de

la piscina, yendo a sentarse junto a Brigitte, para leer también los versos.

Decían:

YA REGRESARON LAS AVES,
LIBRES QUEDARON SUS MENTES,
PERO LA AMBICIÓN EN ELLAS
SIEMPRE ESTARÁ LATENTE.
YA REGRESARON LAS AVES,
MENOS LA MÁS BELLA DE TODAS:
LUMINOSA, LIMPIA, IDEAL,
DEBERÍA SER INMORTAL.
PERO RECHAZÓ LA OFERTA
DE VIVIR ETERNAMENTE,
Y MUY PRONTO EL INMORTAL
LA LLEVARÁ HACIA LA MUERTE.

—Como poeta no es muy bueno, ¿verdad? —sonrió Brigitte—. Sin embargo, sus versos tienen… una cierta gracia concreta. Digamos que Yogui no se anda por las ramas: está empeñado en matarme.

—Tal vez deberían marcharse de Madeira —sugirió Simón-Conexión.

—Claro que no —le miró sorprendida Brigitte—… Mire usted: cuando Uno y yo nos separamos para que yo fuese al pesquero *Garboso*, llevaba en mi estómago un emisor de señales que funcionaba con el calor natural de mi cuerpo, así que Uno no tuvo la menor dificultad en localizarme bien pronto utilizando un receptor de las señales del pequeño emisor. Pues bien, del mismo modo, vaya yo adonde vaya, Yogui me encontrará, tarde o temprano, así que no vale la pena molestarse en emprender extrañas huidas. Estamos muy bien en esta hermosísima isla tomando el sol y amándonos. ¿No es cierto, mi amor?

—Sí —gruñó Número Uno.

—¿Se dan cuenta? —sonrió encantadoramente la divina espía—. Y eso es lo que vamos a hacer en cuanto ustedes nos dejen solos. No, no, esperen, tampoco viene de un minuto —Brigitte se echó a reír—… ¡Tenemos toda la vida por delante para hacer el amor! ¿No

les parece?

—Sí… Claro, sí… Por supuesto.

—Y si están pensando en lo «terrible» que sería que Yogui me localizase, tranquilícense. ¿Saben?: yo también quiero encontrarlo a él…, a ver si de una vez por todas puedo demostrarle que NO ES inmortal.

Dicho esto, la señorita Montfort sonrió.

Pero su sonrisa habría puesto frío en todos los huesos del inmortal si hubiera podido verla.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Conversaciones de paz*. < <

[2] Véase la aventura titulada *Ciudad del Vaticano*. < <